año 4 • número 37 • diciembre 2008

MOVIMIENTO

reseñas y debates

37

Instituto de Altos Estudios Juan Perón

El Instituto fue creado en 2004 como órgano de capacitación y formación del Partido Justicialista por disposición de su Congreso Nacional. En su Consejo Académico contiene a un extenso grupo de intelectuales y pensadores. Su objetivo es desarrollar un ámbito de capacitación, investigación y debate que permita jerarquizar la formación de dirigentes políticos y sociales.
En la actualidad, el Instituto, entre otras actividades, edita videos, libros y revistas, elabora un boletín digital, coordina talleres presenciales sobre pensamiento político contemporáneo y organiza cursos y conferencias de capacitación política a distancia. Cuenta con una biblioteca especializada y textos digitalizados de doctrina peronista. Además, ha celebrado convenios con otras instituciones de todo el país, a fin de impulsar acciones conjuntas de capacitación política e intercambiar publicaciones.
El Instituto se propone realizar aportes para reformular y actualizar los principales contenidos de la doctrina peronista, a fin de que la misma pueda volver a servir como pilar fundamental del proyecto nacional.
Esta publicación está abierta a la colaboración de todos aquellos que deseen expresar en ella sus opiniones.

Presidente
Antonio Cafiero

Vicepresidente
Silvio Maresca

Coordinador general
Mariano Fontela

Coordinadores de Movimiento
Fernando Duarte
Ana Zeliz

Adjuntas
Paula Origone
Lorena Contartese
Paz Del Percio

Dirección
Reconquista 46 - Piso 9 (C1003ABB) Buenos Aires
Teléfono/Fax: (011) 4348-9601/03
Email: iaejuanperon@argentina.com
Sitio Web: www.institutojuanperon.org.ar

diseño y diagramación: SALA 2 www.sala-2.com.ar

Gobernabilidad y democracia

La gobernabilidad es un término que genera controversias entre las diferentes corrientes ideológicas de la región. Una visión que podría denominarse "republicana" –que englobaría a conservadores y liberales– define a la gobernabilidad como la reafirmación de los límites del régimen político y el aumento de la eficiencia en la gestión pública para la subordinación de los ciudadanos. En contraste, desde la perspectiva de los movimientos populares, la gobernabilidad debe entenderse como el desarrollo de la capacidad que tiene una comunidad para gobernarse a sí misma, lo que implica la ampliación de las posibilidades de todos los sectores para formar parte de las políticas públicas del Estado. Para ello, no sólo hace falta un progresivo aumento de las oportunidades de participación política de las organizaciones comunitarias, sino que además los diferentes grupos sociales deben poder evaluar que las instituciones hacia las cuales orientan su participación son efectivamente capaces para transformar la realidad.

Pero no todo es asunto de gestión. Una sociedad irrepresentable es a la vez ingobernable. Por eso la gobernabilidad depende en buena medida de las principales instituciones de representación política que tienen las democracias: los partidos. Es en este sentido que toman mayor relevancia los desafíos que éstos han experimentado en los últimos años en América Latina.

Visiones alternativas

A mediados de la década de 1970 se inició una serie de trabajos teóricos acerca de la gobernabilidad, concebida originariamente como la remoción de obstáculos que impiden cumplir sus objetivos a las instituciones públicas. Sin embargo, si bien el uso del término implicaba una novedad, esta cuestión no era en absoluto original, pues la reflexión sobre la eficacia de los gobiernos se ha venido desarrollando durante siglos, atravesando las más diversas perspectivas ideológicas.

En buena medida, los primeros análisis que pretendieron dar cuenta del concepto hicieron referencia casi exclusiva a la "sobreexigencia" de la ciudadanía hacia los gobiernos democráticos, reflotando la vieja idea de Alexis de Tocqueville (1848) acerca del malestar al que inevitablemente llevarían las demandas "excesivas" de la población en las sociedades igualitarias.

Las corrientes conservadoras prefirieron resaltar la supuesta superabundancia de funciones del Estado de Bienestar: para ellos, la gobernabilidad era un problema que se resolvía suprimiendo actividades del Estado negativas para el libre funcionamiento del mercado. Algunos autores, entre ellos Samuel Huntington (1975), habían llegado a prescribir una impermeabilización de "las instituciones públicas frente a las demandas sociales inconvenientes para el mercado", postulando incluso la posibilidad de introducir "elementos de autoritarismo".

También algunos liberales partidarios de cierto reformismo social aún ponen el énfasis en el riesgo de una sobrecarga para las instituciones estatales, que podría transformarse en una amenaza contra la libertad política y económica. Desde esta postura, la gobernabilidad consistiría en restringir la esfera de la política hasta el límite del mercado, a fin de permitir la reconstrucción de su autonomía.

En las corrientes democráticas, trabajos pioneros como los de Macpherson (1966) y Habermas (1973) postularon que la crisis del Estado de Bienestar podría generar soluciones autoritarias recurrentes. En la misma línea pero más recientemente, algunos autores destacan el problema que los valores individualistas provocan a la hora de establecer regulaciones desde el gobierno y consagrar nuevos derechos. En las democracias contemporáneas, las individuos son más libres, pero al mismo tiempo perciben que cada vez tienen menos poder para influir sobre su vida y la de su comunidad. En parte esto ocurre por la propia resistencia que ellos mismos demuestran ante cualquier propuesta de resignar parte de sus libertades a favor de la justicia social. En esta visión, la gobernabilidad no se logra liberando las fuerzas del mercado, sino moderando el ejercicio de algunos derechos contrario al bien común.

Por último, desde diferentes ideologías se suelen describir amenazas a la gobernabilidad provenientes del ámbito internacional, en el marco de una proliferación de nuevos escenarios de poder financiero y comercial.

Pese a sus diferencias, estas perspectivas suelen compartir una concepción común sobre la gobernabilidad: la posibilidad de que el grupo gobernante consiga sus objetivos dependería de la obtención de obediencia cívica. A veces incluso se hace referencia a una pretendida tensión crónica entre participación y gobernabilidad, en tanto un "exceso" de demandas al gobierno o al conjunto del régimen político podría provocar una crisis de eficacia.

Sin embargo, la democracia necesariamente supone un cierto nivel de conflicto para potenciar la capacidad que una comunidad tiene para superar las injusticias y las desigualdades en cada momento histórico. Lo contrario implicaría suponer que la gobernabilidad significa meramente la habilidad de un grupo para obtener subordinación sin alterar las relaciones de poder, es decir, sin gobernar. O bien entender que los grupos desfavorecidos o discriminados deberán esperarlo todo de la inspiración de los gobernantes.

Lo determinante no es entonces si las demandas son o no excesivas para los gobernantes –y no es razonable esperar que la demanda de justicia social sea moderada–, sino si el funcionamiento de la democracia permite que los distintos grupos de una comunidad encuentren la manera en que las políticas de gobierno respondan a sus demandas e ideales.

Ello no implica que las políticas públicas deban ser simplemente una respuesta a demandas concretas en cada coyuntura, sino todo lo contrario: gobernar no es sinónimo de responder a una influencia determinada, sino de dirigir, orientar a una comunidad política hacia un determinado objetivo. No se gobierna una nave cuando se la libra a los vientos, sino cuando aun corrientes opuestas contribuyen para determinarle un destino.

La gobernabilidad está estrechamente relacionada con la planificación que compromete a actores y sectores en el cumplimiento de metas necesarias para el logro de objetivos acordados. Contrariamente a lo que plantean algunos enfoques teóricos liberales, no hay contradicción entre concertación y democracia. La planificación concertada es precisamente la manera en que los sectores menos favorecidos logran hacer oír su voz en la dirección de los asuntos públicos. La concertación de los planes incluso permite comprometer a cada actor en el cumplimiento de los acuerdos por el hecho de haber formado parte de los procesos de negociación.

Desde una perspectiva democrática, la gobernabilidad debe ser vista entonces como el fortalecimiento del potencial de una comunidad para gobernarse. Implica el desarrollo de la capacidad de las instituciones públicas y de las organizaciones comunitarias para planificar y ejecutar proyectos políticos transformadores. En este sentido, no solamente supone el cumplimiento de los objetivos formalmente asignados al régimen político, sino también la incorporación de innovaciones que permitan modificar las esferas de intervención pública ante los desafíos que generan las demandas variables de los distintos sectores sociales. En definitiva, lo propio de la actividad política no es la administración de los recursos públicos para dar respuesta a un conjunto de demandas y objetivos, sino la inscripción en el debate público de valores e ideales alternativos a los dominantes y la canalización de demandas que desafían la respuesta habitual de las instituciones.

Crisis de los partidos políticos

Los partidos políticos son la herramienta principal que tiene una sociedad para ser representada en el Estado. Por eso la gobernabilidad implica una revalorización de la política. Ésta supone la acción colectiva, plural y consciente de transformación de una realidad, un proceso en el cual interviene la capacidad de institución fundada en valores de la comunidad. Esta capacidad se debe traducir en términos de poder político, que no es asunto de buenas o malas intenciones, sino de conformación y distribución de espacios efectivos de representación que permitan potenciar la gobernabilidad.

Sin embargo, si bien la idea liberal de representación política suele concebir a la voluntad del pueblo como algo ya constituido antes de la representación, lo cierto es que el partido político no es un mero agente pasivo de los ciudadanos, y por eso el representado también depende del representante para la construcción de su identidad política. La voluntad a ser representada sólo raramente está plenamente formada al momento de iniciarse el proceso de representación. Por eso una de las tareas fundamentales de los partidos políticos es proveer ámbitos de identificación que constituyan a los sectores representados en agentes de su destino.

En América Latina, la década de 1990 estuvo signada por una importante crisis en los sistemas de partidos, que significó una fuerte desideologización, una disminución de la importancia de la militancia territorial y una creciente desvinculación de algunos dirigentes de las estructuras partidarias tradicionales, que en ciertos casos significó el surgimiento de nuevos partidos formados a imagen y semejanza de la personalidad de sus líderes.

La personalización de la política significa un grave retroceso para la gobernabilidad. Algunos dirigentes políticos confían más en encuestas y medios masivos de comunicación que en las antiguas estructuras locales. Al provenir sus estrategias de fuentes similares, sus diferencias se hacen menos programáticas que de imagen. Pero además, las distinciones en el debate público dejan de estar fundadas en proyectos alternativos de sociedad y pasan a depender únicamente de la necesidad de defenestrar a los competidores, sean o no del propio partido. De esta manera, la suerte de una determinada política se torna fuertemente dependiente de la buena estrella de quien la impulsa.

La creciente influencia de los medios de comunicación posibilita a los dirigentes tomar contacto con el electorado sin depender de las estructuras partidarias. Los medios tienen así una gran capacidad para adueñarse de los términos del debate público. La actividad política también se encarece y se hace más selectiva en términos económicos. El viejo esquema de los partidos de masas, jerárquico y especializado, por más que frecuentemente fuera vertical, de todas formas exigía una interacción y por consiguiente una mayor circulación del poder al interior de las unidades de representación colectivas.

El defecto de la reciente personalización de la política no reside precisamente en la emergencia de grandes individualidades. La mejor tradición política latinoamericana tiene origen en liderazgos admirables. Lo que sí resulta inédito es la sobrevaloración de características personales vinculadas al trato cotidiano y no a la naturaleza de las funciones que se deben desempeñar. Las diferencias en los proyectos políticos se traducen entonces en preocupaciones individuales, y las fidelidades políticas dejan de basarse en ideales comunes, pasando a convertirse en mudables lealtades personales.

Un partido político implica un proyecto de sociedad que encuadre tanto la evaluación de las decisiones de la administración y las legislaturas como las estrategias de movilización política en el territorio. Los ideales de cada agrupación obligan además a una determinada articulación de la estructura partidaria con otros grupos y actores sociales. Éstos apoyan o no porque comparten o disienten con la propuesta, y eso está a la vista de todos. En definitiva, el proyecto que cada partido político propugna es lo que lubrica la estructura de relaciones que le permiten construir poder político. La alternativa a esto no puede ser otra que el *lobby* o la cooptación.

La consecución de objetivos de cualquier grupo social requiere de su capacidad de organización para participar en instituciones. En especial si lo que se requiere es formular políticas o influir sobre las decisiones del Estado, la organización popular es determinante para lograr una mayor equidad en las oportunidades de participación. Pero la organización que un partido político supone no está únicamente orientada a otorgar beneficios materiales inmediatos a sus integrantes. En principio, un partido se organiza para impulsar un conjunto de ideas en el debate público. La forma en que ese debate se articula y legitima es determinante para garantizar la gobernabilidad en democracia.

De acuerdo a una concepción individualista de mercado extrapolada a la política, las preferencias personales se agregan por un proceso electoral luego de formarse privadamente, en un ámbito de "libertad negativa" en el que tales preferencias no requiere justificación pública. Esta visión es opuesta a la de un régimen democrático en el que los valores aceptables sólo pueden ser impersonales, fundados no en intereses privados sino en principios públicamente justificables; esto es, en el doble sentido del término "público": lo que interesa al conjunto y lo que es conocido por todos.

Si, de acuerdo a la visión individualista, las preferencias no se discutieran, la política consistiría simplemente en la posibilidad de compatibilizar intereses privados autónomos, sin necesidad de apelar a argumentos fundados en valores comunes. Sin embargo, los ideales que informan a una comunidad no pueden extraerse simplemente de las preferencias privadas. La justicia social no es aquello que el Estado puede hacer sin afectar los intereses particulares, sino precisamente lo contrario: aquello que los particulares deben hacer para proveer al bien común. Y no hay forma de arribar a esta noción si no se hacen públicas las razones para optar por una u otra exigencia.

Algunos pensadores contemporáneos han reflotado el viejo ideal de la Ilustración por el cual el debate público, si se somete a ciertas reglas, puede servir como base para el consenso político. Sin embargo, lo cierto es que frecuentemente los debates no hacen más que solidificar las diferencias, en lugar de reducirlas. Por eso la democracia no requiere tanto del consenso como de la concertación, que implica una negociación entre partes que reconocen sus discrepancias. Y por eso las diferencias en los valores que los movimientos políticos impulsan no pueden ser despejadas simplemente mediante el debate, sino que éste más bien sirve para clarificar ante la ciudadanía las divergencias entre los proyectos que expone cada uno de ellos.

Los partidos como instituciones colectivas

Su estructura colectiva de poder social y su capacidad para proponer un proyecto para gobernar la sociedad explican por qué los partidos son "instituciones fundamentales del sistema democrático". No porque garanticen la competencia electoral, sino porque permiten que la comunidad política pueda a través de ellos gobernarse a sí misma.

En política, la superioridad de las organizaciones colectivas por sobre las personalidades reside precisamente en que aquellas permiten que las lealtades se funden más en ideas y valores que en beneficios materiales.

Por eso una democracia con partidos débiles es una democracia devaluada. El partido forma la voluntad política de un conjunto de grupos sociales, superando la atomización a la que necesariamente llevan los planteos corporativos y los individualismos. La representación política cuando es llevada adelante por agentes colectivos permite superar la política negativa, es decir, aquella por la cual la movilización social reside exclusivamente en la resistencia contra ciertas decisiones o personalidades. No puede negarse la importancia de las funciones de control y veto que toda comunidad debe

preservar en democracia, pero cuando éstas anulan toda iniciativa política, el resultado no puede ser otro que una restricción de la soberanía popular.
Además, la existencia de partidos organizados como instituciones de conformación plural permite establecer mecanismos jerarquizados de consulta y decisión que facultan a justificar o cuestionar las acciones de gobierno. Constituyen así un punto de partida para la formación de la voluntad política del Estado. En tanto agentes colectivos de grupos sociales heterogéneos, superan la visión personalista atomizada de la representación política.
Las transformaciones que se llevan a cabo desde el gobierno deben estar guiadas por un conjunto de valores. De lo contrario, transmiten simplemente una actitud activista y coyuntural, pero no una transformación de fondo. Las ideas políticas suponen valores, y éstos implican opciones y responsabilidades. Por eso los partidos políticos conforman una comunidad solidaria entre sus miembros, capaz de informar e incentivar a su participación a través de la percepción común de formar parte en un proyecto colectivo.
Los partidos también son mediadores entre los funcionarios, los grupos sociales y los ciudadanos, desarrollando una relación continua con la ciudadanía: la promoción de los proyectos políticos debe mantenerse aun durante los períodos en que no existen elecciones. Asimismo, favorecen la articulación entre los proyectos del partido y la determinación de necesidades y objetivos de cada grupo poblacional, así como la elaboración de estrategias de desarrollo local.
Por último, su conformación colectiva los impulsa a obrar como garantes de los principios democráticos. Constituyen así la instancia más adecuada para la formación de la capacidad de los dirigentes políticos y de la ciudadanía en el manejo de los asuntos públicos, y para el desarrollo de su conciencia democrática.

Mariano Fontela

"Nada más occidental que el odio a Occidente, que esta pasión por maldecirse, por lastimarse. Los grandes popes de la difamación, con sus anatemas, no hacen más que marcar su pertenencia al universo sobre el que vomitan. Esta sospecha que pesa sobre nuestros éxitos más brillantes corre el riesgo de degenerar en un derrotismo fácil. El espíritu crítico se vuelve contra sí mismo y consume su forma. Pero en lugar de resurgir engrandecido, purificado, se devora a sí mismo en una especie de autocanibalismo y se aplica a su propia destrucción con una voluptuosidad morosa que no deja títere con cabeza. Entonces el hipercriticismo desemboca en el odio de sí mismo, y sólo deja ruinas tras de sí. Del rechazo de nuestros dogmas nace el nuevo dogma de la demolición.
De modo que los euroamericanos sólo tendríamos la obligación de expiar sin fin lo que le hemos hecho al resto de la humanidad. ¿Cómo dejar de ver que nos convertimos por eso mismo en rentistas de la autodenuncia y que nos produce un orgullo singular ser los peores? De hecho, la denigración de uno mismo apenas disimula una glorificación encubierta. El mal sólo puede venir de nosotros; los demás están animados por la simpatía, la benevolencia, el candor. (...) Europa sigue siendo mesiánica en un tono menor, militante de su propia debilidad, exportadora de humildad y cordura. Su aparente desprecio de sí misma a duras penas esconde una extrema fatuidad. Sólo admite su propia barbarie, ésa es su arrogancia, pero se la niega a los demás, encuentra para ellos circunstancias atenuantes (lo cual sólo es una manera de negarles toda responsabilidad). (...)
Ocurre que el Viejo Mundo, en términos generales, prefiere la culpabilidad a la responsabilidad porque aquélla es más llevadera y combina mejor con su mala conciencia. Nuestra desesperanza perezosa no nos incita a combatir la injusticia, sino a coexistir con ella. Pese al intransigente superyó con el que nos cubrimos permanentemente, nos regocijamos con nuestra impotencia tranquila, nos instalamos de manera estable en un infierno apacible. Este agobio de palabras es una comedia que nos permite no dar cuentas a nadie. El remordimiento es una mezcla de buena voluntad y de mala fe: un deseo sincero de cerrar las antiguas heridas, ansia secreta de quedar fuera de juego. Llega un momento en que la culpabilidad moral, metafísica, permite sustraerse a cualquier responsabilidad política real. La deuda con los muertos prevalece sobre el deber hacia los vivos. *El arrepentimiento crea personas que se excusan por los delitos del pasado para escurrir el bulto de las crímenes del presente".*

(Pascal Bruckner: *La tiranía de la penitencia.* Madrid, Ariel, 2008)

Política o Destino

Tras la crisis de los grandes relatos, pareciera que no es posible pensar la política en su totalidad. Creo que ello es correcto si se entiende la labor política al modo en que se entiende la del carpintero o del arquitecto. Uno y otro pueden diseñar en su mente o en el tablero la silla o la casa que van a construir, y realizarla tal como la planificaron. Pero carpinteros y arquitectos trabajan con materiales que responden a su industria sin plantear objeciones. En cambio, la política es una tarea de otra índole. Estamos hablando de acciones humanas y, cuando se trata de pensar el futuro tanto en el nivel personal como colectivo, afortunadamente es imposible pretender que todo se vaya a dar conforme a lo planificado.
Ya el viejo Aristóteles advirtió la diferencia entre el trabajo y lo que él llamó la praxis. Revisitándolo de la mano de pensadores como Hannah Arendt o Cornelius Castoriadis, podemos plantear que es posible pensar en forma coherente y sistemática alternativas para los problemas más graves que afectan a la humanidad. Es posible pensar en comenzar de nuevo, en que los hombres y las mujeres podemos hacer algo para mejorar este mundo.
Para eso, pareciera que no sirve de mucho el experto que sólo conoce su parcela de realidad. El estudio de la sociedad contemporánea requiere de un conocimiento complejo, como compleja es ella misma. Pero tampoco se debe desdeñar livianamente el conocimiento experto, como a veces ocurre con filósofos o ideólogos que creen que es suficiente con conocer y manejar ideas abstractas para efectuar diagnósticos y propuestas en todas las áreas de la existencia. Quizá la crisis que hoy aflige al capitalismo global sea el mejor ejemplo de esto: los "expertos de las finanzas" en parte la produjeron y en parte la ignoraron cuando ya la tenían ante sus narices, olvidando datos elementales de la antropología, la sociología, la historia y la filosofía. Incluso, de la propia economía, particularmente en sus versiones marxista y keynesiana. Pero indudablemente hace falta de un saber al mismo tiempo experto y complejo para encontrar las respuestas adecuadas. No basta con decir: "tal como hace tiempo lo vengo pronosticando, el capitalismo se hunde". Al respecto, me temo que no estamos frente al hundimiento del capitalismo, sino que la salida de la crisis implicará una exacerbación de las peores tendencias que veníamos observando en los últimos años: mayor fragmentación social, agudización de los procesos de precarización laboral, descontrol de los movimientos migratorios y retrocesos en los mecanismos genuinamente democráticos de participación colectiva en la toma de decisiones, con todas las consecuencias que esto ha de tener sobre la educación, la seguridad, la ecología, la corrupción y un largo etcétera.
Este cúmulo de problemas que debemos enfrentar como sociedad nos exige marchar hacia un pensamiento audaz como etapa superior del pensamiento crítico. En el campo académico, uno de los aspectos que más dificulta la posibilidad de encontrar respuestas válidas a los distintos desafíos de la vida en común pasa por la exacerbación del pensamiento crítico como un fin en sí mismo. Obviamente no estoy planteando retornar a un pensamiento ingenuo, ni menos aún caer en un irracionalismo. Lo que quiero decir es que las respuestas a nuestros grandes problemas tienen que venir de la política, de una política hecha con inteligencia pero que no se agota en el análisis sino que, llegado a determinado punto, requiere de la decisión. Y toda decisión es, en última instancia, una apuesta.
Siempre habrá argumentos en contra de cualquier decisión que tomemos en la vida: casarse, ir de vacaciones a un lugar u otro, elegir un par de zapatos o estudiar una carrera. En todos los casos es preciso estudiar el tema, conseguir la mayor información posible, consultar, reflexionar… pero en un momento dado es necesario decidir sabiendo que nunca, en las cuestiones humanas, vamos a tener la plena certeza de que se está tomando el mejor camino o se está eligiendo la mejor opción. Sin embargo, sin asumir el riesgo es imposible vivir. O, al menos, no pasaría de ser una simple espera de la muerte. A veces, la sonrisa sobradora y escéptica del intelectual crítico frente a cualquier propuesta política, sea del signo que sea, nos hace pensar que se trata de un personaje que entendió a su manera aquello de Heidegger de que el hombre es "un ser para la muerte".
Prefiero pensar que, como individuos y como pueblos, estamos hechos para la vida. Que de nosotros depende darle sentido a una existencia que, en sí misma, no lo tiene. Quebradas o en proceso de disolución muchas de las instancias que otrora servían para ayudarnos a ponerle sentido a las cosas, hoy la política es el último reducto de la construcción colectiva de sentido. Pero el discurso tecnocrático por un lado, y el discurso meramente crítico por otro, nos hacen creer que ya todo está escrito. Que nada podemos hacer para escaparnos de un destino ineluctable. Sin embargo, sigo creyendo que podemos ser artífices, personal y colectivamente, de

nuestro propio destino. Esa es la misión de la política: devolvernos la esperanza en nosotros como comunidad, dar sentido a nuestra realidad, construir el destino colectivo. Una política que no es -no debe ser- ni mero activismo ni puro palabrerío.

Para esto vale el uso de diversas corrientes teóricas, pero revisando su valor para nuestro contexto. Las fuentes de la teoría política europea, que mantienen una suerte de "aire de familia" dado por el horror de la experiencia totalitaria del siglo XX, en la que se buscó uniformar la "masa multiforme" a través de partidos únicos, mecanismos de propaganda y movilización centralizados, y en general por la eliminación física y violenta de toda diversidad. En cambio, en Latinoamérica y particularmente en los países del Cono Sur, los mismos pueblos fueron buscando nuevos modos de articulación política. Ante la perspectiva de una efectiva articulación de un poder popular, los representantes de los intereses más afectados actuaron a través de las dictaduras militares fragmentando, desmovilizando y quebrando la tendencia a la unidad (que, vale recordar, nada tiene que ver con la uniformización nazi). Si bien nuestras dictaduras merecen la misma condenación moral que las experiencias totalitarias y guardan semejanzas con algunas metodologías, son diferentes en varios aspectos. Resumiendo: ambas tenían una concepción sustancialista del pueblo, pero mientras en Europa buscaron uniformarlo para instrumentalizarlo, acá procuraron desarticularlo. Esto lleva a los intelectuales europeos a tener una lógica desconfianza hasta por el mismo término "pueblo", por su recuerdo del volk nazi o el popolo fascista, así como por el Estado, las instituciones (incluso en muchos casos las dedicadas a brindar educación o salud), la razón estratégica como instrumento de dominación y, en suma, hacia el poder. Es más que comprensible que, por su experiencia histórica, para un intelectual europeo el poder sea lo opuesto a la libertad. Pero en cambio, para nosotros, el poder es lo contrario a la impotencia. Por eso, debemos abordar sin una actitud inicial de desconfianza estas realidades: el pueblo, el Estado, el pensamiento estratégico, los liderazgos, las instituciones, el poder. Pero sin ingenuidad. Reconocer las diferencias con el trasfondo del pensamiento europeo no significa ignorarlo.

Enrique Del Percio

Universidad Nacional de La Matanza

el camino a la excelencia

www.unlam.edu.ar

Federico Finchelstein

La Argentina fascista

Los orígenes ideológicos de la dictadura

Buenos Aires, Sudamericana, 2008, 224 páginas

Este libro surge de la pluma de un académico que desde 1999 viene realizando aportes significativos a los estudios de historia contemporánea y que esta vez publica en la colección "Nudos de la historia argentina", la cual nos propone "libros sólidos pero a la vez atractivos" sobre "fenómenos clave" de nuestro pasado. Desde el inicio se puede constatar que el objetivo de tornar atractiva la lectura está plenamente logrado, ya que el impactante tema se desarrolla con agilidad a lo largo de una breve introducción y seis capítulos, desde los "orígenes de la Argentina nacionalista", pasando por "la ideología fascista católica en la Argentina", "antisemitismo, sexo y cristianismo", "peronismo y fascismo", "la Argentina fascista, de Tacuara a la Triple A", hasta culminar en "la ideología de la dictadura". La obra se cierra con una bibliografía actualizada, con lo que el conjunto adquiere los rasgos de un trabajo de alta divulgación, tal como es la pretensión de la editorial.

En este sentido es bueno advertir que no se encontrarán aquí hallazgos documentales ni tesis novedosas, sino una interpretación del estado actual de la problemática, hecha por el autor desde su óptica particular y sin que pueda pretenderse que la misma refleje algún consenso general… que en esto, como en tantos otros temas contemporáneos, no se ha logrado ni se logrará. Por eso, desde ya recomiendo que se utilice este libro como motivador para los debates propios de un seminario: los interrogantes que plantea llevarán a los estudiantes a profundizar luego sus lecturas con textos más densos.

Dadas las pocas páginas disponibles y lo vasto de la temática (se cubre la historia argentina desde la tercera hasta la octava década del siglo XX), quizá era inevitable que a menudo el autor haya optado por sacrificar el rigor de la argumentación -tanto en lo conceptual, como en el sustento empírico- a la fluidez del relato y al impacto causado en el lector medio por algunos textos de época. Sobre esto volveré más adelante, al comentar algunas de sus tesis relativas al peronismo. Es que justamente ese cuarto capítulo es el que plantea los interrogantes que estimo más interesantes en el contexto de esta reseña. En otros tramos de la obra predominan el catolicismo y el antisemitismo como centros de gravedad y me parece que un tratamiento adecuado de los mismos merecería muchas más paginas. Aquí me voy a concentrar en el triángulo problemático integrado por nacionalismo, fascismo y peronismo, acerca del cual Finchelstein plantea seis tesis particularmente dignas de ser discutidas, sobre todo porque se insertan en la narración de una manera tan natural que fácilmente podrían parecer al lector como evidentes, cuando en realidad están muy lejos de serlo. Advierto que la numeración es mía y se hace simplemente por razones de utilidad.

Comenzaremos con dos tesis sobre los nacionalistas argentinos de los años 30 y comienzos de los 40. Según la primera, "los vínculos" entre los nacionalistas forjistas y "los de extrema derecha fueron más estrechos de lo que antes se pensaba". En realidad nunca se ha negado el hecho de que existiesen algunos vínculos -los que el autor menciona no son muy impresionantes-, pero lo problemático de esta manera de plantear las cosas es que parece un deslizamiento hacia una vieja mirada indiferenciada que desdibuja la innegable diversidad del universo nacionalista en la Argentina de esa época. Siguiendo esa vía, poco falta para que alguien pueda suponer que el antisemitismo y el elitismo antidemocrático también eran bien vistos por los forjistas.

La segunda tesis sigue con el método de las identificaciones apresuradas: los militares de 1943 se habrían inspirado en "la ideología nacionalista, neutralista (es decir pronazi en un contexto hemisférico antinazi)". Este neutralismo habría tenido como objetivo "apoyar a los fascismos por medio de los únicos medios posibles en el frente externo y asimismo combatir el comunismo en el frente interno". Resulta llamativo el hecho de que no haya una palabra acerca de las bastante obvias ventajas concretas que la neutralidad en una guerra traía en principio para cualquier país. Esas ventajas también las vieron otros: Suecia nunca entró en la guerra y Turquía, Perú y Venezuela lo hicieron entre febrero y marzo de 1945, sólo unas pocas semanas antes que Argentina. Que el neutralismo argentino fue acompañado por un continuo suministro de materias primas a los Aliados en muy cómodas condiciones financieras para éstos es otro hecho que no encaja en una interpretación unilateralmente ideológica de las motivaciones, para la que toda neutralidad parece ser señal de pronazismo.

Otras afirmaciones muy discutibles se refieren a los años formativos del peronismo, es decir a la dictadura militar de 1943-45. Según la tercera tesis de Finchelstein, "el fascismo y el peronismo llegaron al poder como resultado de la crisis de los regímenes liberal-democráticos que hasta entonces se pensaban sólidos o bien establecidos". Resulta difícil encontrar un texto que en tan pocas palabras contenga más confusiones. Que en la Italia de 1919-22 hubiese un moderado optimismo sobre el tema de la democracia podría aceptarse; pero de ninguna manera es válido para la Alemania de 1930-33. Tanto en Italia como en Alemania los fascistas y los nazis formaron una alianza con las figuras conservadoras más importantes: el rey en un caso y el presidente Hindenburg en el otro. Mussolini primero e Hitler después clausuraron experimentos democráticos que sus respectivos países habían iniciado no mucho tiempo antes; pero el peronismo surgió y llegó al poder en otras circunstancias, después de una era de represión de las mayorías, fraude electoral masivo y dictadura (1930-45). Y para comparar las situaciones históricas de los orígenes también se deben tener en cuenta las cruciales diferencias entre la constelación socio-política de los fascismos y la del peronismo.

La cuarta tesis cae otra vez en las esquematizaciones dudosas, al sostener que la dictadura argentina de 1943-45 fue "lo más cercano a un régimen fascista clásico que tuvo el país". Finchelstein no define con claridad lo que entiende por fascismo clásico, pero existen muy buenas razones para señalar la militarización integral de la sociedad y el desencadenamiento de agresiones hacia el exterior (con la función declarada de dar solución a las tensiones económicas y sociales internas) como características definitorias de un auténtico régimen fascista. Tal cosa no ocurrió aquí en esos años, siendo mucho más notorias las similitudes del caso argentino con el franquismo, por lo menos hasta que la bastante inesperada derivación del Secretario de Trabajo y Previsión hacia las demandas de los asalariados causó la inquietud de los sectores conservadores y la crisis de octubre de 1945.

A pesar de afirmaciones aparentemente tan tajantes como las comentadas, el autor no logra construir un marco conceptual realmente sólido para lo que por momentos él mismo parece reconocer como inasible, esto es, la relación entre el fascismo y el peronismo. Su quinta tesis sostiene que dicha relación "es central para entender la historia política argentina". Aunque acepta que Perón no fue fascista, luego dice que "las continuidades ideológicas del fascismo argentino (el autollamado nacionalismo) y el fascismo italiano fueron notables en el primer peronismo". Uno espera una comparación sistemática para fundamentar esto, pero sólo se nos entrega una serie de fragmentos. En principio y ya que de comparaciones se trata, me parece más sensato ubicar la problemática fundamental de un país agroexportador como el nuestro en los conflictos surgidos en torno a la democratización, la industrialización, la inclusión social y la soberanía real en una situación histórica periférica con respecto a los centros del poder mundial. La obsesión con la cuestión fascista también ha existido, pero se mueve primordialmente en el plano de los imaginarios y de las campañas de propaganda política, habiendo tenido mucha menos entidad en el sustrato real de los intereses, las acciones y el poder. La pregunta realmente decisiva es si las mencionadas continuidades entre fascismo y peronismo fueron más numerosas e importantes que las diferencias. Pero como ya dijimos, el autor no se plantea la cuestión con un método riguroso. El reciente libro de Robert Paxton, La anatomía del fascismo, llega a la conclusión de que "más allá de apariencias superficiales, la dictadura de Perón funcionó de una manera muy distinta a las de Hitler y Mussolini". Ya en una obra de 1987 (Nacionalismo y peronismo) y ahora en El fascismo en el siglo XX (2008) he presentado análisis comparativos que coinciden bastante con la perspectiva de Paxton.

Lo que denomino la sexta tesis gira en torno a lo que para Finchelstein constituiría el núcleo de las coincidencias entre fascismo y peronismo: la "concepción totalitaria de la verdad". Por el otro lado el contexto de posguerra "impedía" aplicar el fascismo "en su totalidad". Uno se pregunta: ¿pero hay alguna evidencia de que Perón y sus colaboradores alguna vez hayan adoptado el fascismo como proyecto "total"? En realidad, ni Finchelstein ni nadie ha podido demostrar tal propósito inicial. En cambio el eclecticismo -la construcción propia hecha de muchos materiales diversos- sí aparece abundantemente documentado a lo largo de la historia del peronismo. En cuanto a sentirse "totalmente" depositarios de la verdad -la verdad en cuanto a lo que era y lo que no era "nacional" en la Argentina-, sin duda fue un rasgo central del primer peronismo. Eso sí, como definitorio en sentido fascista no resulta muy convincente, porque nadie puede desconocer que el antiperonismo de esa época también se autointerpretaba como la encarnación política de la "verdadera" Argentina, con expresa exclusión de todo lo que tuviese que ver con el peronismo. Hoy ambas visiones nos parecen a muchos -con toda razón- parciales, maniqueas y sobre todo inactuales. Nos resulta más fácil comprender que en ambos bandos existía la Argentina y que la pretensión de deslegitimar al otro bloqueaba el camino de una institucionalización necesaria.

Al final del capítulo sobre el peronismo, todas las dificultades del problema llevan al autor a proponer una fórmula ambigua: "el peronismo reformuló el fascismo y lo volvió irreconocible". Me parece que con eso todo sigue abierto, porque ¿cuál sería la utilidad explicativa de una categoría (el fascismo) que se ha vuelto imposible de reconocer? ¿No serían más pertinentes otros conceptos y realidades que resultan más transparentes? Y para terminar con el título: acierta Finchelstein si se entiende su libro como afirmando que ha habido algo merecedor del rótulo "fascista" en la Argentina (poco o mucho, eso es discutible), pero hablar de "la Argentina fascista" me parece una exageración que no es recomendable para la historiografía seria.

Cristian Buchrucker

Miguel Ángel Barrios

Perón y el peronismo en el sistema-mundo del siglo XXI

Buenos Aires, Sudamericana, 2008, 224 páginas

La llamada *globalización,* al haberse desplegado casi únicamente en sus aspectos económicos, ha producido la actual crisis de los valores y de la política, a la par que ha generado una enorme desigualdad y exclusión, especialmente en los países del Tercer Mundo. Frente a este panorama hay quien piensa que para evitar los males que ha producido basta con sustraerse de ella. Otros sostienen que no hay otra posibilidad que someterse a sus dictados. Como he señalado en otras oportunidades, los males de la globalización se superan con más globalización, con la globalización de la política, con la globalización de los valores. Debe rescatarse el magisterio y el poder transformador de la política, lo que coloca en un nuevo rol a los dirigentes y a los partidos políticos y que ya no pueden simplemente practicar políticas de fronteras adentro, sin espiar siquiera los fenómenos que hoy las perforan. Ya Perón había advertido, en su libro *La hora de los pueblos,* que "la política puramente nacional es algo casi puramente de provincias. Hoy todo es política internacional, que se juega adentro o afuera de los países". Las naturales prevenciones de los pueblos a la globalización no pueden conformarse con la candidez de los simples arrebatos, las meras espontaneidades o las módicas protestas, sino que tienen que tender a institucionalizarse y dotarse de propuestas serias y abarcadoras que atiendan plenamente las nuevas problemáticas que ella impone. Para tal fin, los Estados, y dentro de ellos también los partidos políticos y las organizaciones, deben superar los marcos territoriales históricos y emprender una nueva fase de dimensiones regionales, continentales y mundiales.

Como se señala agudamente en el libro de Miguel Ángel Barrios, el análisis de la globalización, el estudio de sus mecanismos, de su historia y el desentrañamiento de las nuevas formas de dominio y de los nuevos sistemas mundiales desplegados son vitales para cualquier configuración política que, como decimos, no quiera permanecer ausente en las tomas de decisiones, en estos nuevos tiempos en los que se han manifestado con toda claridad los "grandes espacios" de los Estados-continentes. Todo esto está en el corazón de cualquier debate sobre las relaciones internacionales, especialmente si las miramos desde este lado del mundo, de Nuestra América, como gustaba llamarnos José Martí. Y digo "especialmente" porque es justamente Nuestra América la que precisa realizar mayores cambios políticos para revertir la situación difícil y contradictoria en la que se encuentra.

Por un lado, los latinoamericanos somos un no desdeñable conglomerado de más de quinientos millones de personas, lo que configura, desde la perspectiva económica, un mercado de inmensa relevancia. Poblamos un territorio que tiene 20 millones de kilómetros cuadrados y probablemente sea una de las regiones más extensas del mundo. Somos el continente que es el mayor productor y exportador de alimentos y que, además, se autoabastece y exporta energía. Somos un continente dotado de una biodiversidad que lo coloca a la cabeza del mundo. Agua, energía, valores escasos para el mundo del futuro, son abundantes en nuestra tierra.

Pero, no obstante, América Latina sigue siendo pobre, sigue teniendo un relativo poco peso en el concierto de las regiones del mundo. Aunque aterre decirlo, más de la mitad de nuestra población es pobre y vive con menos de un dólar diario. Seguimos sin dar respuesta a la exclusión social, que clama al cielo, y seguimos siendo la región más desigual del mundo, incluso más desigual que África. La diferencia de ingresos entre los pobres y los ricos en América Latina es aun mayor que la que existe en el continente africano.

Por las terribles contradicciones de Nuestra América, siempre es positivo que aparezcan obras como esta, en la que se atiende con rigor intelectual, pero sin perder por ello la sencillez que siempre debe adornar a la verdad, los lineamientos primordiales del pensamiento estratégico con que debemos afrontar el futuro que ya se enseñorea entre nosotros. Porque si contemplamos nuestra historia y la del mundo, y trazamos una perspectiva hacia ese futuro, se advierte sin dificultad alguna que la razón principal que ha impedido nuestro despegue es que no hemos sabido concebir los mecanismos de nuestra unidad. Mientras en el mundo ya operan los Estados-continentes, América Latina sigue cavilando entrampada en discusiones que son más propias del siglo XX o incluso del siglo

XIX que de la actualidad. Veinte supuestas naciones enfrentadas unas a otras y divorciadas de un pensamiento común, más allá del esfuerzo de pensadores y de líderes de la historia latinoamericana, desde José de San Martín y Simón Bolívar, hasta llegar a quienes en los tiempos modernos, ya cerca de nosotros, han propiciado la idea de una tarea común, de una comunidad de naciones.

Por ello, frente a este panorama, frente a este desafío, bueno es volver a prestar oídos a aquellos líderes que con su pensamiento y con su acción nos han dejado enseñanzas en las que aún hoy podemos abrevar, no como reiteración mecánica de acciones o conceptos que pertenecen al pasado, sino como instrumentos de navegación que nos impidan errar el camino. Como demuestra en forma contundente Miguel Ángel Barrios, podemos colocar a Juan Perón, con su teoría del continentalismo, como el primer teórico y político del realismo de la periferia, recreando desde una dinámica innovadora la actualidad del líder justicialista en las exigencias nuevas que emanan de la globalización.

Es, desde esta perspectiva, un libro imprescindible para los dirigentes políticos y sociales actuales, diplomáticos, militares, académicos, estudiantes y actores de la sociedad civil, que deben afrontar los problemas de sus comunidades en tiempos de globalización y que deciden no tomar el fácil camino de servir a los poderosos, sino el infinitamente más arduo de ponerse al servicio de los pueblos. Constituye una gran ayuda para superar la queja y dotarla de un contenido político estratégico, un aporte al necesario esfuerzo por superar los límites históricos de las políticas localistas y para brindarnos un pensamiento universalista para poder afrontar este nuevo tiempo de los Estados-continentes. Tarea ardua e inconclusa la unidad de Nuestra América, resulta el único camino posible si pretendemos conducir nuestros propios destinos.

Miguel Ángel Barrios logra en esta obra aunar el análisis teórico-práctico con un grado de contemporaneidad, convirtiendo a este libro en punto de inflexión en los estudios de Perón y el peronismo en los marcos de la globalización y en nuestro compromiso con la integración latinoamericana a partir del continentalismo.

Antonio Cafiero

"El 'progreso', en otros tiempos la manifestación más extrema de optimismo radical y promesa de felicidad duradera universalmente compartida, está ahora ubicado en el polo diametralmente opuesto, distópico y fatalista de las expectativas: hoy encarna la amenaza de un cambio implacable e inexorable que, lejos de augurar paz y alivio, no hace más que presagiar una crisis y una tensión continuas que no dejarán un momento para el respiro. El 'progreso' se ha transformado en una especie de interminable e ininterrumpido juego de las sillas musicales, en el que un solo instante de desatención acarrea una derrota irreversible y una exclusión irrevocable. En lugar de grandes expectativas y de dulces sueños, el 'progreso' evoca noches de insomnio repletas de pesadillas en las que nos acosa la sensación de 'quedarnos rezagados', de perder un tren o de caer por la ventanilla de un vehículo en marcha que no deja de acelerar. Incapaces de aminorar el vertiginoso ritmo del cambio, y menos aun de prever y controlar su dirección, tendemos a centrarnos en aquello sobre lo que podemos, o creemos que podemos o se nos asegura que podemos influir. Tratamos de calcular y minimizar el riesgo de que nosotros (o quienes nos son más próximos y queridos en ese momento) podamos ser personalmente víctimas de los incontables e indefinibles peligros que sospechamos que nos deparan este mundo impenetrable y su futuro incierto. (...) Buscamos, por así decirlo, blancos sustitutivos hacia los que dirigir nuestro excedente de temores existenciales a los que no hemos podido dar una salida natural y, entre nuestros nuevos objetivos improvisados, encontramos las precauciones frente a la inhalación del humo de los cigarrillos de otras personas, frente a la ingesta de alimentos ricos en grasas o en bacterias 'malas' (precaución que acompañamos del consumo ávido de líquidos que prometen proporcionarnos las que son 'buenas'), frente a la exposición al sol o frente al sexo sin protección. Quienes podemos permitírnoslo, nos fortificamos contra todo peligro visible o invisible, presente o previsto, conocido o por conocer, difuso aunque omnipresente, encerrándonos tras un muro de protección, inundando los accesos a nuestros domicilios de cámaras de televisión, contratando a vigilantes armados, conduciendo vehículos blindados (como los consabidos todoterrenos), llevando ropa igualmente 'blindada' (como los 'zapatos de suela gruesa') o acudiendo a clases de artes marciales".

(Zygmunt Bauman: *Archipiélago de excepciones*. Buenos Aires, Katz, 2008)

Julián Licastro

Mi encuentro con Perón

Memorias e ideales

Buenos Aires, Prometeo–UNGS, 2006, 229 páginas

Julián Licastro nos desafía a la comprensión de la política argentina, enfrentándonos al ejercicio de pensar un nuevo modelo de país. Este libro, sumamente rico en anécdotas y vivencias que el autor comparte con los lectores, recuerda a grandes personalidades del pensamiento nacional con quienes él tuvo la fortuna de compartir espacios de reflexión teórica, como Juan José Hernández Arregui. Todo está relatado en el mismo tono dinámico, ágil, con que Licastro habitualmente diserta. En esta oportunidad, sus experiencias se reconstruyen en charlas con la intencionalidad de un aporte valedero para la reflexión de las nuevas generaciones.

El paso por la vida militar permite a un observador crítico como Licastro tener una mirada amplia, veraz y certera de la realidad argentina y de una institución en particular, "el Ejército". Una realidad que se vio tantas veces cruzada por la interferencia castrense funcional a un sector social neoliberal que actuaba tras la fachada del uniforme. Quien protagoniza estos diálogos capitaliza esta experiencia para enriquecer su vida política, en contraposición a la institución Ejército, que una vez más pierde un excelente cuadro por la incoherencia de no aceptar a un oficial de pensamiento nacional.

Julián Licastro posee el privilegio de haber dialogado con Perón, ser dirigente y haber cumplido como funcionario, dentro y fuera del país; lo cual le otorga una gran prerrogativa a la hora de relatar sus memorias, coadyuvada por su capacidad de plasmar ideales.

Este libro es un importante material para quienes no vivieron una historia no tan reciente y refresca la memoria de quienes protagonizaron años turbulentos, decisivos para el peronismo. Los primeros capítulos relatan episodios de su vida familiar, su infancia, sus vivencias de joven oficial del Ejército; todos recuerdos teñidos de un fuerte sentimiento peronista.

Hay un capítulo dedicado a su primer reunión con Perón quien, con sus palabras, resume en forma precisa el lugar para el cual Licastro estaría preparado para actuar: "¿Cuál fue su último cargo? -Instructor de cadetes. -Bueno va a ser instructor, pero de civiles. Usted tiene una condición. Como San Pablo conoce las dos doctrinas, la nuestra y la que recibió de los liberales, porque fue indoctrinado permanentemente; entonces no hay mejor predicador que ese".

Otros capítulos abundan en anécdotas de los sucesos que se desarrollaron en el país en la década del 70; relatos como el regreso de Perón, los hechos de Trelew, la muerte de Rucci, las internas del peronismo. Allí consigna: "para ese regreso tomamos la CGT como centro de operaciones. Ahí descubrimos la extraordinaria personalidad de José Ignacio Rucci como dirigente sindical y estrechamos una amistad con él. Paralelamente veníamos haciendo, realizando una serie de acciones con oficiales de la Fuerza Aérea en actividad".

Licastro, en su condición de militar y su rol doctrinario, se autodefine como "predicador de la estrategia de Perón". Explicita: "estaba claro que todo aquel que luchara en nombre del Movimiento tenía que subordinarse a la conducción política superior. Esto está basado en conceptos claros y repetitivos de Perón: la revolución es un aspecto de la evolución y no al revés, las revoluciones verdaderas son el remanente de grandes ciclos históricos que ya están anticipados, condicionados y determinados por la evolución. Perón no es un militar cualquiera. Perón es un lector de historia y un profesor de historia y, como tal, explica en sus libros por qué se estudia historia. Los buenos militares estudian historia para sacar conclusiones desde el punto de vista de la teoría y la técnica, de la estrategia y la conducción… Perón decía: en conducción se debe crear sobre la base de los hechos y desarrollar esta creación sobre la base de los principios. Perón era simultáneamente realista (los hechos) e idealista (los principios), todo lo contrario a un ideologista".

Agrega: "Insisto con la tercera posición como eje operativo porque el General sostenía que lo que había que conducir era el conjunto, el grueso, la masa, y la palabra que usaba era movimiento nacional y no partido armado, insurrección y no guerrilla. Se colocaba en esa posición porque rechazaba las salidas excluyentes de las extremas derechas e izquierdas".

Habrá lectores que coincidan en que los relatos de Licastro son veraces, habrá quienes tengan otra perspectiva, pero nada quita que es la mirada protagonista de un proceso caro a los sentimientos peronistas, con la subjetividad que todos poseemos, aun en los intentos de hacer historia rigurosamente científica. Este no es un libro que apele a respetar los hechos con rigor histórico. Es lo vivido por un hombre que las circunstancias pusieron en lugares estratégicos; y, como toda historia de vida, es un riquísimo aporte a la historia del movimiento peronista.

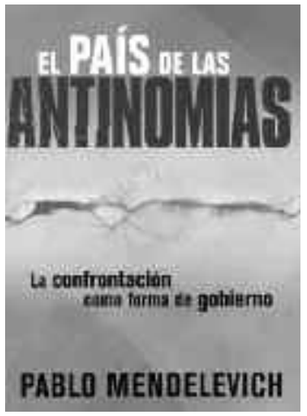
María Alicia Timpanaro

Pablo Mendelevich

El país de las antinomias

La confrontación como forma de gobierno

Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 2006, 155 páginas



Este libro es un muestrario cabal de las falacias típicas de ciertos periodistas argentinos. Pablo Mendelevich busca demostrar que ha existido históricamente una sistemática recurrencia de una antinomia artificial: "de un lado están el pueblo, los trabajadores, los sufrientes luchadores por los derechos humanos, los cabecitas negras, los descamisados, los piqueteros, los perseguidos, los que todos los días construyen el porvenir con sacrificio. Del otro, la oligarquía, la antipatria, la sinarquía, los rentistas, los explotadores, los cipayos". El problema sería, según él, que el primer sector siempre combate "a base de odio" y lo único que busca es derrotar al otro.

El objetivo del libro es por tanto ofrecer "un repaso analítico de la historia antinómica, que en la Argentina es vasta". Existe, según el autor, una "conexión subterránea con el pasado que nos hace repetir la historia con sórdido placer". Sin embargo, a lo largo de todo el libro, el autor mezcla argumentos banales, generalizaciones insultantes, exageraciones sobre el significado de hechos de importancia menor y largas metáforas inconducentes... con observaciones lógicas pero muy obvias. Eso cuando no cae en adjetivos humillantes o en un tono de irónica suficiencia. Así llena más de 260 páginas, que avanzan con un orden expositivo incoherente. El punto de vista es siempre parcial. El texto incluye estadísticas sensacionalistas y da vueltas y más vueltas, pero apunta siempre hacia un único punto: Néstor Kirchner es el único responsable del conflicto con los productores agropecuarios; su mayor error fue haber reflotado todo lo malo que tenemos en nuestra historia política. El daño ya está hecho: "en la historia argentina las antinomias retornan como si sólo se recordara de ellas el beneficio político inmediato para quien las impuso y no el carácter corrosivo de su ingrediente principal: el odio. Odio que se multiplica y se recicla entre ambas partes una vez que la máquina arranca".

Habría una cierta regularidad en la manera en que Rosas, Yrigoyen (en menor medida), Perón y Kirchner provocaron antinomias. Del otro bando pudo haber errores (siempre valorados por el autor en forma mucho más indulgente que los errores de éstos) y hasta actitudes racistas, pero la culpa para Mendelevich reside casi exclusivamente en el primer grupo. No imagina ninguna vinculación entre esta enfermiza propensión a la confrontación con el hecho de que ellos hayan sido precisamente los líderes populares que procuraron revertir el estado de cosas impulsando principios igualitarios.

En estas dicotomías, al igual que en la disputa entre Boca y River, "nadie espera convencer al otro de nada". Pero la diferencia con ese caso radica en que las antinomias políticas, en opinión de Mendelevich, "rara vez son simétricas, más bien se construyen a partir de quien planta la lógica amigo-enemigo y empuja a sus rivales a apelotonarse, entre perplejos, furiosos, impotentes y reaccionarios". Vistos los ejemplos históricos prototípicos elegidos, es curiosa la interpretación del autor: "por lo general una de las fracciones hace uso del control de las reglas de juego, lo que le otorga una decisiva superioridad sobre su oponente que, empujado a esa dinámica compulsiva, suele robustecerla desde el primer pataleo". Al parecer, estábamos tan tranquilos discutiendo por bagatelas... y de pronto estos locos vienen a insultarnos y nos obligan a juntarnos con quienes nunca hubiéramos querido hacerlo. Lo peor es que de pronto nos encontramos justificando actos de violencia o repitiendo frases racistas que hubiéramos querido evitar, todo por culpa de estos fanáticos.

Bueno, vamos al "análisis histórico": Rosas, quien "proclamado federalista pero creador de un gobierno centralizado, fue quien 'inventó' entre nosotros la lógica amigo-enemigo como base de una acción política destinada a polarizar". En este sentido, Mendelevich opera como aquellos liberales que inventan una Argentina idílica en las décadas previas al primer gobierno de Perón. Tal vez piense que lo del malogrado Dorrego fue un simple malentendido, o que las guerras civiles se iniciaron con el primer gobierno de Rosas y no una década antes. Tan absurdo es su argumento que insinúa que fue Rosas el que ideó la disputa entre unitarios y federales. Bueno, vamos a ahorrarnos el inventario de absurdos, y quien no me crea puede probar a leer el libro.

En la volteada, Mendelevich encolumna entre los culpables a los "revisionistas", aunque se refiere bajo ese nombre casi exclusivamente a Arturo Jauretche, por el conjunto de ideas que les adjudica. Pero comete el error elemental de adjudicarle sus ideas al conjunto del revisionismo y hasta del peronismo, como si todo el peronismo hubiera sido revisionista, y como si todos los revisionistas fueran seguidores de Jauretche. Según Mendelevich, los "revisionistas" postularon la existencia de "una línea histórica que les da una torrentosa continuidad a los dos bandos en pugna a medida que pasan los siglos", lo que para él es una "postura ideológica" (sic). Ignora por ejemplo que Perón no fue un devoto del revisionismo, y que tampoco Néstor Kirchner aparenta ser un cultor de las ideas de Pepe Rosa. Además, agrega, "los historiadores clásicos traían una perspectiva más compleja, cuanto menos, que la de sus interceptores, cuya pretensión de hacer política con la historia no estuvo muy disimulada". Tiene sentido, porque Bartolomé Mitre o Vicente Fidel López seguramente eran catedráticos puros, gente buena alejada del fárrago de la política...

Como es lógico esperar, el campeón del siglo, el gran promotor del odio contra cualquier forma de negociación es el peronismo. La interpretación del peronismo no tiene fisuras: "A cambio de la prosperidad de amplios sectores de la población antes marginados, el respeto por las minorías, base de toda coexistencia pacífica, fue demolido". En justo castigo, cualquier referencia en todo el libro a Perón o a los peronistas es negativa. La etapa de la resistencia, por ejemplo, es calificada de "victimización potenciada por las proscripciones reales". Por suerte el libro menciona el bombardeo de Plaza de Mayo y los fusilamientos, pero no por su condición negativa (en última instancia, pienso, un fusilamiento no es estrictamente un ejemplo de concordia), sino porque su efecto fue perpetuar la estrategia antinómica del peronismo. Curiosa manera de ver las cosas: el hecho de que el peronismo haya sufrido violencia no obliga a revisar la tesis de que fue el protagonista de las antinomias, sino simplemente sirve para señalar los errores tácticos que impidieron erradicarlas. Así, durante todo el libro, Mendelevich usa un mismo artificio de dudosa legitimidad en quien se presenta como "profesor de Periodismo Político": elige arbitrariamente los hechos que describe en la medida en que le permiten demostrar su hipótesis. Por ejemplo, respecto a la crisis política ocurrida en 2008 como consecuencia de la protesta de los productores agropecuarios, sostiene que antes de ese momento el método de los cortes de ruta era aceptado por el gobierno, y agregan que, hasta la trompada de D'Elía en Plaza de Mayo, "no había habido esos días ninguna situación violenta". Hay tres problemas con esta versión: en primer lugar, ignora que hubo cortes anteriores de rutas y avenidas que habían terminado con los manifestantes procesados; en segundo lugar, a partir de marzo de este año por primera vez desde 1983 se cortaron sistemáticamente las principales rutas del país por varios días consecutivos (el tiempo que dura un corte o la inexistencia de caminos alternativos no son temas de análisis del "Periodismo Político"); en tercer lugar, su visión resulta coherente con la de *Clarín*, que decidió ignorar sistemáticamente el hecho de que en los primeros cortes no sólo se impedía el paso de los camiones, sino que además se les impedía retroceder durante varias horas. Obviamente, esto habría generado disonancia con la versión que se quiso transmitir: la clase media argentina difícilmente hubiera apoyado el secuestro de camiones y camioneros, y, amén de la reacción que estos hechos generaron (hubo violencia, estimado Mendelevich, aunque *Clarín* no se haya enterado), eso solo constituye de por sí un grave hecho de violencia. Entiéndase bien: una cosa es cortar una ruta, y otra muy diferente es impedir que los camiones bloqueados puedan volverse por donde venían.

Pero hay algo más: Mendelevich critica la visión del gobierno nacional porque supone que lo único que diferencia los cortes de ruta de los productores agropecuarios de los piquetes anteriores es el motivo de la protesta. Ignora que lo que los jueces suelen aceptar de los piquetes es que hay en ellos un conflicto de derechos entre la libertad de circulación y el derecho a peticionar a las autoridades, aceptable solamente en los casos en que quien protesta debe llamar la atención por la vulneración de un derecho. Pero si la protesta se hace por un período largo de tiempo y en forma continua, y quien la lleva a cabo es un sector que ya tiene amplísimo acceso a los medios masivos de comunicación, deja de haber conflicto de derechos y pasa a ser lisa y llanamente extorsión. Con buena prensa y con el visto bueno del periodismo opositor, incluso hasta podría aceptarse que parte del reclamo es legítimo, pero no deja de ser una extorsión ante un gobierno democrático.

Bueno, el libro continúa con otros inconfundibles criterios de razonamiento periodístico: las fuentes bibliográficas siempre son del mismo palo (en este caso, Joseph Page, Félix Luna, Halperín Donghi, etcétera); los peronistas que alguna vez tuvieron un comportamiento no ajustado al criterio mediático de pureza ideológica, pasan a ser censurados de por vida; no importa que cambien de idea, nada de lo que hagan luego es auténtico, su verdadero ser es irredimible; los "desaciertos" ideológicos no prescriben; si algún político fue funcionario de una dictadura, nunca podrá redimirse si es peronista, los demás sí pueden; lo que un peronista dice vale únicamente en la medida en que funciona como confesión de parte, y cuando lo que dice lo beneficia no cuenta, seguramente está mintiendo; en cualquier listado de adherentes a alguna agrupación peronista, la existencia de derechistas siempre debe mencionarse evidenciando el placer que ello le brinda al autor... y así sigue. Mendelevich critica la supuesta tendencia del peronismo a "endosarle a toda la oposición las individualidades extremistas", pero no tiene el menor pudor en hacerlo con las "individualidades" del

peronismo. Por último, no falta la consabida ristra referida al amor que los peronistas sienten por el poder, que en este caso se demostraría porque no veneran la alternancia democrática cuando están en el gobierno, como si en algún lugar del mundo un partido gobernante sí lo hubiera hecho alguna vez...

Pero el libro no carece de referencias críticas al periodismo: en las dos últimas páginas, refiriéndose a la protesta de los productores agropecuarios, dice: "claro que hubo medios y periodistas que dijeron barbaridades"... y a continuación: "no hay por qué desconocer que los medios tienen intereses". Albricias. Sin embargo, el gobierno, según Mendelevich, no debería conjeturar una actitud hostil por la manera en que la prensa cubrió el conflicto, porque "¿acaso no hay todo eso -y más- en otras coberturas?". La defensa continúa: "También se atropellan elementales normas éticas en las coberturas de crímenes estridentes". Y sigue: "Claro que la ausencia de fronteras para las malas prácticas no justifica los episodios de falta de profesionalismo periodístico en el conflicto del campo". Entiendo que está diciendo que la mala calidad del periodismo está tan generalizada que no puede ser tomada como muestra de animosidad, y que por lo tanto el gobierno es el único culpable del conflicto. No es un mal argumento, hasta se podría aplicarlo en otras situaciones.

Alberto Roig

"Ser conservador significa ser propenso a pensar y a comportarse de determinada manera. (...) Se resume en la propensión a usar y disfrutar de lo que se tiene en vez de desear o buscar otra cosa; a deleitarse con lo presente antes que con lo que ya fue o podría ser. (...) Ser conservador consiste, por tanto, en preferir lo familiar a lo desconocido, lo contrastado a lo no probado, los hechos al misterio, lo real a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo distante, lo suficiente a lo superabundante, lo conveniente a lo perfecto, la felicidad presente a la dicha utópica. (...) Se trata de estar a la altura de la propia suerte, de vivir conforme a los propios medios, contentarse con perfeccionarse en función de las circunstancias que nos rodean. (...)

[El conservador preferirá] las pequeñas y limitadas innovaciones a las grandes e inciertas, preferirá el ritmo lento al rápido, para poder así detenerse a observar los efectos que se producen y ajustar lo que proceda. (...) La disposición conservadora es, pues, cálida y positiva con respecto al disfrute de lo que hay y, correlativamente, fría y crítica con respecto al cambio y la innovación. (...)

Gobernar es una actividad limitada y específica que se refiere a la provisión y salvaguardia de reglas generales de conducta; (...) consiste en mantener a los súbditos en paz mientras desarrollan las actividades que han elegido en su búsqueda de la felicidad. (...)

[El conservador] desconfiará de los gobernantes que reclamen poderes extraordinarios para hacer grandes cambios y cuyas palabras estén relacionadas con generalidades como 'el bien público' o 'la justicia social' y desconfiará de los Salvadores de la patria que se ciñen la armadura y buscan dragones a los que matar; creerá pertinente considerar con cuidado la oportunidad de una innovación. (...) El conservador estima que la función del gobierno no es la de encender la pasión y darle nuevos objetivos con que alimentarse, sino introducir un ingrediente de moderación en las actividades de personas demasiado apasionadas; limitar, desalentar, pacificar y reconciliar; no avivar el fuego del deseo sino sofocarlo".

(Michael Oakeshott: *La actitud conservadora.* Madrid, Sequitur, 2007)

César Luis Díaz

La cuenta regresiva

La construcción periodística del golpe de Estado de 1976

Buenos Aires, La Crujía, 2002, 246 páginas

Teniendo en cuenta la estrecha relación que existe entre los procesos políticos y los procesos comunicacionales, desde estas páginas César Luis Díaz se propone analizar el tratamiento que los principales periódicos de la época hicieron de los hechos que desembocaron en el golpe de Estado de 1976 y, a partir de allí, de la corresponsabilidad que muchos de ellos tuvieron en el oscuro proceso que se inició el 24 de marzo.

Dedicado a quienes -al igual que declara el autor- ignoraban lo que sucedía en aquellos años, a quienes teniendo conocimiento o suponiendo lo que ocurría "arremetieron contra el terrorismo de Estado", y a Arturo Jauretche, por haber aprendido a través de su obra "el valor de ser un intelectual comprometido", puede decirse que *La cuenta regresiva* es un "primer paso hacia el estudio general del período" que no está teñido por pasiones o parcialidades políticas, como señala el periodista Andrew Graham-Yooll en el prólogo.

El libro se divide en dos partes: una primera denominada "Marco teórico", en la que se habla de los periodistas y el ejercicio de la profesión, los lectores, el poder político y las fuerzas armadas, entre otros temas; y la segunda, "Estudios pormenorizados", en la que junto con sus colegas María Marta Passaro y Mario Giménez, realiza un análisis minucioso del discurso de los diarios *La Prensa*, *La Nación*, *The Buenos Aires Herald*, *El Día*, *La Razón*, *Clarín*, *Crónica* y *La Opinión*. Díaz se embarca en esta misión desde su lugar de historiador y por considerar que "un cuarto de siglo es un período razonable" para ser abordado "con un sesgo multidisciplinario, además del anecdótico y vivencial de la crónica diaria". Así, a través de entrevistas y testimonios de profesionales del periodismo, militantes de diferentes extracciones partidarias y de quienes no se identificaban con ninguna agrupación, va recorriendo las costumbres y vivencias de quienes de uno u otro modo fueron protagonistas o referentes en esos días.

La década del 70 representó un momento particular por varias razones, entre ellas la existencia de una politización masiva de la población, lo que implicó un fuerte consumo de la información periodística. En ese entonces el diario era el medio más consumido y, en consecuencia, el que poseía una gran influencia tanto en la vida de la gente como en el acontecer político del país. Desde ese contexto, Díaz estudia y describe los hábitos de lectura de la época y (a diferencia de lo que ocurre en la actualidad) define a los lectores setentistas como "exigentes", porque no sólo consumían periódicos diariamente -y muchas veces más de uno-, sino que además tenían avidez por libros, documentos y bibliografía partidaria. "Al diario lo exprimíamos", grafica una de las militantes entrevistadas.

Además del perfil del lector, aborda otra variable de análisis: los ámbitos de lectura, que eran diversos y muchas veces colectivos: "La modalidad de la lectura en voz alta reunía a un numeroso grupo en torno a los lugares de militancia, a las fábricas e, incluso, a las cárceles, que se convertían en sitios propicios para la lectura de estos textos, que oficiaban de elementos de consumo imprescindibles". Siempre siguiendo el trabajo, puede verse cómo en esos tiempos tanto los destinatarios como los periodistas sufrieron mutaciones en su forma de leer y de transmitir los acontecimientos. La violencia y el miedo eran los mantos que lo cubrían todo. "El gremio periodístico fue uno de los más castigados con un número significativo de desaparecidos", se destaca en las páginas de *La Cuenta regresiva*. La existencia de la autocensura profesional y las medidas económicas coercitivas para los medios y los periodistas eran moneda corriente. El periodismo se encontraba "entre dos fuegos".

En cuanto a la interrelación entre el cuarto poder y el gobierno de Isabel Perón, en el capítulo titulado "Los meses previos" el autor indaga cómo desde los medios se fue construyendo el escenario donde los distintos actores políticos y sociales interactuaron, "cometiendo más errores que aciertos, para por fin culminar en lo que esperamos haya sido el último golpe militar de la historia argentina". Y prosigue: "los desencuentros entre el gobierno y el periodismo constituían el emergente de un círculo vicioso. Ante las demandas de la prensa, la respuesta era la coerción. En consecuencia, durante 1975 y los primeros meses de 1976 hubo un verdadero embate por parte de los distintos diarios contra el gobierno democrático". Para ejemplificar la

relación entre ambos sectores se transcriben algunas respuestas editoriales de los diarios y se detalla una serie de enfrentamientos concretos.

Ya entrando en la descripción histórica de los sucesos políticos acontecidos a partir de la muerte del general Perón, lo que constituyó un punto de inflexión en la historia y en la institucionalidad del país, en el libro se citan declaraciones formuladas por Antonio Cafiero: "la decisión militar de ocupar el poder surgió inmediatamente después de la muerte de Perón; la misma noche en que se murió Perón, nosotros ya tuvimos la información de que se preparaba el golpe de Estado, que no iban a aceptar el gobierno de Isabel Perón". A partir de entonces, en el país se sucedieron hechos de violencia, los cuales en ocasiones fueron tratados por los medios periodísticos con rigor profesional y en muchas otras "cargando las tintas". En ese sentido, Díaz destaca que se llega a principios del 76 con una opinión pública favorable a la interrupción del sistema democrático.

Los roles se habían invertido. Los políticos recurrían a los periodistas para obtener información sobre lo que estaba pasando en el país, lo que llevó a que estos últimos tuvieran un significativo predominio en la escena política argentina. Para Díaz, ante los difíciles momentos que se vivían, esa influencia "no fue capitalizada a favor de la permanencia del sistema democrático". En consecuencia, y al darle trascendencia a través de su publicación a los rumores que circulaban en las redacciones sobre un posible golpe, los matutinos no hicieron más que "socavar los débiles cimientos del edificio institucional".

Como ya dijimos, en la segunda mitad del trabajo César Díaz se adentra en el análisis, a través del discurso editorial y las notas de opinión, de las estrategias comunicacionales adoptadas por los principales medios gráficos de aquel entonces. En esta sección se le ofrece al lector una serie de datos sobre la historia de cada uno de los medios escogidos, las características de sus destinatarios y la relación de estos periódicos con los distintos gobiernos y sectores de poder. "Desde luego, la voz periodística que más criticó el rumbo económico de toda la gestión peronista fue *Clarín*", se señala en las páginas de este libro.

Desde este detallado estudio, el autor aporta nuevas herramientas para que el público evalúe cuál fue el rol que cada uno de los medios eligió desempeñar para salvaguardar o no la vida institucional del país. Así, *La cuenta regresiva* se convierte en una original y documentada investigación que arroja luz sobre uno de los períodos más violentos de la historia nacional.

Paula Origone

"[Se debe] denunciar la inflación de la preocupación por la seguridad porque esta postura disuelve al fin de cuentas la posibilidad misma de estar protegido. Instala el miedo en el centro de la existencia social, y este miedo es estéril si tiene que ver con las contingencias incontrolables que constituyen la suerte o el destino propios de toda existencia humana. (...) Rechazar el mito de una seguridad total conduce a defender simultáneamente que la propensión a estar protegido expresa una necesidad inscripta en el centro de la condición del hombre moderno. Como lo han visto perfectamente los primeros pensadores de la modernidad, empezando por Hobbes, la exigencia de vencer la inseguridad civil y la inseguridad social está en el origen del pacto que funda una sociedad de individuos. (...) La búsqueda de la seguridad absoluta puede entrar en contradicción con los principios del Estado de Derecho y se desliza fácilmente hacia una pulsión de seguridad que persigue a los sospechosos y se satisface a través de la condena de chivos emisarios. (...) La seguridad debería formar parte de los derechos sociales en la medida en que la inseguridad constituye una falta grave al pacto social. Vivir en la inseguridad día a día es ya no poder hacer sociedad con sus semejantes y habitar en su entorno bajo el signo de la amenaza y no de la acogida y el intercambio. Esta inseguridad cotidiana es tanto más injustificable cuanto que afecta especialmente a las personas más desguarnecidas de otros recursos. (...)

Sin embargo, no cabe duda hoy en día que la inseguridad debe combatirse también y en gran medida a través de la lucha contra la inseguridad social, es decir, desarrollando y reconfigurando las protecciones sociales. (...) Eso es precisamente estar protegido desde el punto de vista social en una sociedad de individuos: que estos individuos dispongan, por derecho, de las condiciones sociales mínimas de su independencia. La protección social es así la condición de posibilidad para formar lo que he llamado, siguiendo a León Bourgeois, una sociedad de semejantes: un tipo de formación social en cuyo seno nadie está excluido porque cada uno dispone de los recursos y de los derechos necesarios para mantener relaciones de interdependencia (y no solamente de dependencia) con todos. Es una definición posible de la ciudadanía social. Es asimismo una formulación sociológica de lo que en términos políticos se denomina una democracia".

(Robert Castel: *La inseguridad social.* Buenos Aires, Manantial, 2004)

Ciclo de pensadores contemporáneos

María Zambrano

por Graciela Maturo

María Zambrano ha tenido una relación profunda con ese camino que nace en Grecia y recibe su plena dimensión en el Evangelio, antes de recibir sucesivas reformulaciones por parte de filósofos y poetas hasta nuestros días. Nació en Vélez, Málaga, en 1904, en una familia de maestros de escuela. Cursó estudios de Filosofía con figuras notables como José Ortega y Gasset, Manuel García Morente, Julián Besteiro y Xavier Zubiri. A partir de 1928 inició su colaboración en distintos periódicos y en 1932 firmó el manifiesto fundacional del movimiento denominado Frente Español, inspirado por Ortega y Gasset.

Por mi parte no vacilaría en adscribir el pensamiento de María Zambrano al humanismo español intrínsecamente cristiano, con raíces en el estoicismo grecolatino implícito en las obras de los poetas, y en la tradición filosófica del humanismo, cuya última reelaboración se dio en el siglo XX a partir de la fenomenología. Zambrano es también una pensadora religiosa, que tuvo la gracia de ser, como ella dice, sustraída de la violencia. Esto, sin embargo, no la inhibe de hallarse situada en estas mismas coordenadas de confusión, pérdida de ideales, masificación y destrucción que se han venido intensificando en el siglo que acaba de transcurrir.

Es esa violencia física y espiritual la que dicta los temas de la pensadora, que son a mi juicio principalmente tres, que se imbrican en forma permanente: la identidad española, la razón poética y la formación de la persona. En sus primeros libros, escritos antes y durante la Guerra Civil Española, Zambrano medita sobre la identidad de su pueblo, que parece signado para el sacrificio. Esta preocupación, incentivada por la cruenta guerra fratricida, la conduce a examinar la historia de España, su peculiar tradición cultural, su modo de existir en el mundo. Descubre en su patria un humanismo traspasado de religiosidad. No hay en la historia de España nada que se parezca al sistema filosófico de Hegel o a la *Crítica de la Razón Pura* de Kant. En su libro *Pensamiento y poesía en la vida española*, María Zambrano afirma que el pensamiento español era inepto para la filosofía sistemática. Y añadía que, de la admiración y la violencia con que surge todo filosofar, España se había quedado con la admiración, enmarcada en la fe. Por eso ve con claridad que en España ha germinado un pensamiento utópico y no uno científico.

En toda su obra podemos apreciar el crecimiento de una concepción unificante, que la reconcilia profundamente con la tradición de su pueblo. Ha valorado las guías espirituales, las confesiones, los manuales de formación interior que caracterizan a la cultura española en sus distintas etapas, y ha visto en ellos los signos de un *ethos* que se desenvuelve ajeno al ruido mundano. Este descubrimiento del ethos hispánico -que por mi parte extiendo a América, a la hispanidad y la latinidad que impregnan a las naciones latinoamericanas- se relaciona íntimamente con los otros temas mencionados: el conocimiento poético y la formación de la persona.

Estas meditaciones sobre la identidad conducen a la pensadora al descubrimiento de la razón poética. La unidad inicial de filosofía y poesía, que ella ha rastreado en los comienzos de la filosofía occidental, ha devenido en una distancia al parecer insalvable, que coloca el esfuerzo metódico racional, convertido en sistema, a gran distancia del conocimiento experiencial, auroral, del hombre contemplativo, cuyo extremo, dice María, lo ofrece el *hombre-árbol* de ciertas sectas hinduistas. En el centro de ambos extremos coloca María Zambrano al conocimiento poético, que sería el gran hallazgo del clasicismo heleno-cristiano-latino, y del pueblo español. El hombre del filosofar sistemático ha perdido el impulso inicial de la cultura, su entronque espiritual con el ser. Sumido en la contemplación que lo devuelve al origen, tampoco puede poetizar, pues ha perdido esa dosis de violencia, ese distanciamiento necesario, para acceder al re-conocimiento y la expresión.

La razón-poética, ese estilo zambraniano operado y propuesto expresamente por ella como camino de realización personal, era necesaria, y lo es aún, en una época en que la rigidez

del racionalismo torna quebradizo el espíritu y oculta las dimensiones enigmáticas de la vida bajo falsas consideraciones que se constituyen en márgenes de seguridad que impermeabilizan la razón. Se trata, en el fondo, del reconocimiento de la realidad divina del hombre, que no por eso lo convierte en superhombre, sino que lo sujeta a un destino superior, exigiéndole una formación ética, la realización de un esfuerzo, la superación de pruebas y desvíos.

Al parecer, no hay constancia de que Zambrano siguiese algún tipo de práctica especial, o integrase algún grupo de formación espiritual. Sí puede constatarse por sus declaraciones que se consideraba profundamente cristiana, sin que esto significara un menoscabo de su libertad de pensamiento. Por otra parte, en su posición hay una marca poiética, heurística, innovadora: no se trata de recorrer huellas ya transitadas, sino de hacer lugar a la experiencia personal de lo inédito, tal como lo hacen el poeta, el místico e incluso el filósofo en esa vertiente específica que es la fenomenología.

Para María Zambrano, como para Heidegger y Zubiri, el hombre es el ser destinado a la trascendencia. No es solamente un ser histórico, cuyo tiempo pueda ser entendido como sucesión de acontecimientos, sino ante todo es un ser destinado a trascenderse a sí mismo. Tomo la expresión acertada de Chantal Maillard cuando afirma que para Zambrano el hombre es el ser que padece su trascendencia. Esto significa que es un ente incompleto, que ha de irse creando a lo largo de su propio vivir. Su vida es su verdadera obra de arte.

Es innegable la aproximación de Zambrano a la vía contemplativa, en la que la imagen despliega un excedente de significación que la convierte en símbolo. Al asentar de entrada la riqueza de la imagen, entra de lleno en el campo simbólico, que el arte comparte con las religiones. En términos generales, podríamos decir que se abre al pensamiento oriental (sapiencial, intemporal, no analítico ni discursivo), expandiéndolo al retomar las invalorables contribuciones del sufismo y el hinduismo a etapas anteriores de la tradición de Occidente.

Sin embargo, no estoy de acuerdo con Chantal Maillard en que pueda considerarse a María Zambrano, por su crítica del racionalismo y su valoración del arte, como una precursora del pensamiento débil de la corriente posmoderna. Por el contrario, pienso en ella como protagonista de la *Kehre* postulada en la célebre conferencia de Martín Heidegger (1949) y traducida como *vuelta o torna del hombre hacia su ser esencial.* Por mi parte adjudicaría a esa vuelta el valor de una auténtica conversión. La razón poética, vía de la formación de la persona, sería el método propio de esta *Kehre*.

El proceso de la formación de la persona, que tanto preocupó a Zambrano, desemboca inexorablemente en la construcción de la sociedad. Por eso ella se aboca al pensamiento político, al pensamiento de la construcción de la *polis.* Los mismos parámetros con los que define la historia personal, con sus anhelos y angustias, son aplicados a la historia colectiva. El hombre puede estar en la historia en forma pasiva o activa. Pero no se trata ya solamente de *padecer* la historia, sino de alcanzar cierta capacidad de conducirla hacia su mejor realización. Para Zambrano, como para Heidegger, el hombre es irrenunciablemente una conciencia histórica. Sin embargo, es el acceso al conocimiento poético el que, conectando a la conciencia con su fuente ontológica, puede permitirle echar luz sobre el acontecer del pasado y proyectar el porvenir.

Partícipe del *sentimiento trágico de la vida* del que hablaba Unamuno, María Zambrano considera que ha llegado el fin de la sustitución de los dioses por ídolos, y en consecuencia el fin del sojuzgamiento de las víctimas. Todas las formas de absolutismo, racional o irracional, han de ser desterradas en esta nueva etapa. Y es preciso subrayar que esos absolutismos, en la vida intelectual y social, tanto pueden venir desde la deconstrucción irracionalista como desde el cientismo más racional. No es casual que Zambrano haya denunciado la connivencia del racionalismo y el poder, tan poco advertida a veces por nuestros colegas embebidos de cientismo o cientificismo. No comprenden que la era tecnológica tiende peligrosamente a alumbrar la figura del hombre-máquina, el hombre Colofón, como diría Marechal.

El combate humanista de María Zambrano contra el cientismo y el racionalismo (que no son lo mismo que la Ciencia y la Razón) denuncia sus intrusiones en lo privado y en lo público, sustituyendo el *estar despierto* del hombre creador por distintas formas de sumisión a reglas y presupuestos. No se entienda esta crítica del racionalismo y el cientismo como un ataque a la ciencia o a la filosofía. *Racionalismo* es la entronización del pensamiento racionalmente estratificado, que domina porque simula la legalidad. No proporciona un genuino conocimiento de la realidad, sino que aspira a asentar el poder desde presupuestos dogmáticos. *Cientismo* es la adoración de las verdades obtenidas por métodos científicos, que pasan a establecer el único criterio de la verdad.

Hemos podido apreciar, así sea en muy imperfecta síntesis, la importancia del pensamiento de María Zambrano. Su planteo es humanizar al hombre y humanizar la sociedad. Su método, la recuperación del humanismo al que hemos denominado teándrico para diferenciarlo de otros humanismos teocéntricos o antrópicos. Un humanismo que conjuga razón y fe, ciencia y espiritualidad, desarrollo técnico y construcción de la comunidad. No puede negarse a la razón poética la vía privilegiada para conjugar estas polaridades. El pensamiento de Zambrano es profético y augural. Nos dice que una nueva etapa será posible si el hombre, cada hombre, despierta a su ser total, si la conciencia individual accede al pensamiento creador y en consecuencia a la construcción de la persona humana, abierta a la trascendencia, y destinada a construir su morada en la tierra en función de su propia libertad y responsabilidad.

Illya Prigogine

por Jorge Etcharrán

Illya Prigogine nació en 1917 en Moscú, Rusia. Su familia, de religión judía, emigró de la ex URSS en 1921 y se radicó en Bélgica, donde se graduó en Química y Física. En 1977 recibió el Premio Nobel de Química por sus estudios sobre la teoría termodinámica en sistemas que se apartaban considerablemente del equilibrio, que son los que verdaderamente ocurren en el mundo real. Demostró que en condiciones de *no equilibrio* puede existir una nueva forma de estructuras ordenadas que denominó *estructuras disipativas*, para subrayar el hecho de que sólo pueden existir en conjunción con su entorno: "el no-equilibrio es creador de nuevas estructuras, que se llaman disipativas porque sólo existen lejos del equilibrio y reclaman para sobrevivir una cierta disipación de energía y, por tanto, el mantenimiento de una interacción con el mundo exterior. Al igual que una ciudad que solamente existe en cuanto que funciona y mantiene intercambios con el exterior, la estructura disipativa desaparece cuando deja de ser alimentada".

Estas investigaciones hicieron entrar en crisis el modelo de reversibilidad de los procesos físicos (vigente de Aristóteles a Newton) y han sido utilizadas por cientistas sociales para poner en duda concepciones de pensadores como Spencer, Durkheim, Parsons o Merton, objetando que no dan cuenta de cómo en realidad se produce y reproduce el mundo físico y social. "El alejamiento del equilibrio nos reserva sorpresas. Nos damos cuenta de que no se puede prolongar lo que hemos aprendido en estado de equilibrio. Descubrimos nuevas situaciones, a veces más organizadas que cuando hay equilibrio: se trata de lo que yo llamo puntos de bifurcación".

Se distinguen entonces en su pensamiento tres conceptos básicos: la irreversibilidad de los fenómenos, la existencia de acontecimientos contingentes que no pueden ser deducidos de una ley determinista y el potencial desarrollo de dichos acontecimientos hasta influir en la configuración del proceso entero: algunos sucesos son "susceptibles de transformar el sentido de la evolución que desencadenan, o lo que es lo mismo, y recíprocamente, que esta evolución se caracteriza por mecanismos o relaciones susceptibles de dar un nuevo sentido al suceso, de generar a partir de él nuevas coherencias". Prigogine señala que en cualquier sistema complejo, desde las moléculas de un líquido hasta las neuronas de un cerebro o el tráfico de una ciudad, las partes del sistema están siempre experimentando cambios en pequeña escala, es decir, que están en constante flujo. "Pero el caos no explica todo. La historia y la economía son inestables: presentan la apariencia del caos, pero no obedecen a leyes deterministas subyacentes". En el preciso momento en que una estructura "salta" a un nuevo estado de complejidad, es imposible -en la práctica e incluso en el terreno de los principios- predecir cuál de muchas formas va a adoptar. Pero, una vez elegido un camino, una vez que ha nacido la nueva estructura, vuelve a dominar el determinismo. Propone entonces entender que se puede desarrollar orden a partir de la fluctuación o, como expresa el título de una de sus conferencias, "orden a partir del caos".

A partir del análisis de Prigogine surgen nuevos conceptos que relacionan los procesos que observan las ciencias exactas con los de las ciencias humanas. Si la sociedad es asimilable a un sistema inestable, el estudio de los procesos disipativos puede guiar en la elaboración de modelos que expliquen el surgimiento de estructuras sociales y económicas. También, considerando que los individuos son estructuras complejas cuya subjetividad se forma dentro de la misma trama social, es posible identificar los efectos de acoplamiento que amplifiquen las novedades dentro del cuerpo social, tales como relaciones asimétricas de poder, rivalidades, colisiones, etcétera.

En una teoría así tiene peso el *elemento innovador*, la capacidad de adoptar un comportamiento nuevo o una creencia nueva. La trama de relaciones sociales decidirá el futuro de una singularidad: puede trascender generando una evolución en la sociedad, o ahogarse antes de prosperar. Un comportamiento innovador puede amplificarse y llegar a dominar el sistema, pero necesita un quiebre, muchas veces violento, del estado existente. Prigogine afirma que el saber no es completo, sino "fragmentario y provisional". No orienta hacia lo previsto, sino al porvenir. Este concepto desecha a *la teoría* como preformadora de la acción hacia un determinado fin, y la ubica en un rol de herramienta de análisis: "las acciones de los hombres en un determinado tiempo dependen de la visión humana del universo y de las posibilidades que existen en el futuro. Cuando las gentes de Massachusetts emigraron a Texas, no lo hacían por lo que el mercado de empleo presentaba en ese momento, sino por las posibilidades de este mercado unos años después. En esencia, las acciones humanas son como la intersección de la realidad-posibilidad. (...) La ciencia moderna nos ha liberado de la idea de que somos máquinas, autómatas. Y nos ha liberado de la idea de que el universo es autómata. Ha acercado aún más la relación entre hombre y naturaleza. Me gustaría creer que la ciencia tiene un rol futuro importante, que esta nueva cara de la ciencia va a impedir la fragmentación, permitiendo así la cercanía de todas las ciencias".

Nuevo Topo
Revista de historia y pensamiento crítico

Buenos Aires, Número 4, septiembre-octubre de 2007

"La clase media suele ocupar un lugar significativo en los estudios sobre el siglo XX argentino protagonizando, por ejemplo, los procesos de modernización y democratización de las primeras décadas. En ocasiones, incluso, ella se nos presenta formando gobierno de la mano de la UCR. Pero una perplejidad acecha al historiador. No me refiero a la exigua cantidad de estudios específicos sobre una clase aparentemente tan relevante, sino a la aún más llamativa escasez de menciones en las fuentes de la primera mitad del siglo XX. En efecto, recién a mediados de siglo la circulación del término se hizo frecuente y emergió una representación relativamente sistemática de la clase media argentina. Entonces sí -ya fuera para glorificarla o para denostarla- algo se impuso a todos como evidente: la clase media constituía un actor palpable, con varias décadas de existencia y actuación públicas. Argentina podía incluso ser considerada un "país de clase media", aunque el uso previo de la expresión hubiera sido muy infrecuente. Hacia 1950 la clase media como sujeto digno de consideración constituía, en verdad, un fenómeno reciente, un descubrimiento producido al calor del cimbronazo social, político y cultural que representó el peronismo. (...) La adopción y aclimatación del concepto [de clase media] en Argentina no se manifestó con claridad hasta que el peronismo hizo su tumultuosa aparición. Más aún, fue con posterioridad al golpe de 1955 que la idea de clase media irrumpió con fuerza en la escena político-cultural, hasta el punto de parecer imposible, en aquellos agitados años, explicar al país sin hacer mención a su clase media, que habría jugado un rol central como sujeto social y actor político en el desenvolvimiento de la crisis por la que atravesaba la nación. Atrás quedaba la representación bipartita de la sociedad, escindiéndose del otrora indivisible pueblo una clase media reconocida en forma casi unánime como antiperonista". *(Enrique Garguin: "El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina")*

Miríada
Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad del Salvador

Buenos Aires, Año 2, Número 5, abril a junio de 2008

"[John William] Cooke entiende la representación [en sus textos de la siguiente manera:]. No se trata de representar a personas ni a intereses particulares (de grupos o de clases). Tampoco se trata de la representación jurídica que efectúa el lego de quien carece de los conocimientos necesarios. Finalmente, tampoco se trata de la representación política en el sentido tradicional, llevada a cabo por los partidos políticos. Se trata de una 'representación funcional', es decir, de llevar a cabo una función o una tarea, no por los otros ni en lugar de los otros, sino junto con los otros. En general, el concepto de representación parece referirse a los intereses de las partes o facciones. La masa, más que representantes, tiene líderes o vanguardias. La 'vanguardia' es la que primero, antes que los otros, representa esta función o tarea. Dicha representación no se convalida por medio del sufragio (más aún cuando las formas democráticas son burladas, vaciadas de contenido o dejadas en suspenso), sino por una permanente revalidación de la función ante el pueblo. En los Apuntes dice Cooke: 'Por otra parte, cuando nos disolvamos como peronistas, si es que nos disolvemos como peronismo, es porque otra fuerza representará el papel revolucionario que representa en este momento al peronismo'. También el sujeto revolucionario representa un papel o una función. Cooke cree que este tipo de representación es superior al pergeñado por las doctrinas liberales: 'la visión revolucionaria -dice-, concibe formas superiores de integración y representación popular'. Las formas representación tradicionales (sistema representativo) parten siempre de alguna exclusión (de la chusma, la plebe, las hordas, la bestia, etc.) que nunca está representada en el sistema y que expresa su punto de quiebre. Por eso dice Cooke que 'El Movimiento es la expresión de la crisis general del sistema burgués argentino, pues representa a las clases sociales cuyas reivindicaciones no pueden lograrse en el marco del institucionalismo actual'". *(Ricardo Etchegaray: "El pueblo como sujeto de la política en Peronismo y Revolución de J.W. Cooke")*

Pensamiento de los Confines
Fondo de Cultura Económica de Argentina

Buenos Aires, Número 22, junio de 2008

"La construcción sobre la democracia de los ochenta, que demostró eficacia en su aspecto general pero que, de a poco, exhibió sus límites y sus oscurecimientos imperdonables, limó y liquidó la tradición popular de la política argentina. Un peronismo que no hizo un balance crítico de la implosión que vivió en los setenta, un radicalismo que si bien se arropó con la socialdemocracia y la centroizquierda mantuvo las líneas generales del balbinismo, esa línea de la historia donde la palabra pueblo acompañaba el sello UCR mientras el pueblo miraba para otro lugar. Pero acaso la herencia política y cultural más ambigua y peligrosa de aquellos años sea la recreación de un segundo gorilismo. (...) Se pensó, aún se piensa, que es posible gobernar en democracia sin partidos que representen a los trabajadores y a los empleados, sin barriadas populares, sin política de los pobres, sin dolor ni sufrimiento, y es el mito republicano en el que se viene incurriendo una y otra vez desde entonces. El mito republicano es el segundo gorilismo o es el otro gorilismo. El otro gorila se plantea como enemigo de la violencia, tanto pongamos de Montoneros como de la Triple A, sin hacer distingo. Es un gorila socioliberal, como diría Ariane Díaz. Su teoría mayor es claramente la teoría de los dos demonios, pero no porque exista algún pensamiento elaborado al respecto, sino porque permite una comodidad tranquilizadora, un modelo a la carta de indignación pronta y doméstica, siempre dispuesta al rápido reclamo de ventanilla o el dedo acusador levantado". *(Gabriel D. Lerman: "El otro gorila")*

Estudios Sociales
Universidad Nacional del Litoral

Santa Fe, Número 34, Primer Semestre de 2008

"Surgida como reducto veraniego de las clases dirigentes porteñas, Mar del Plata comenzó paulatinamente a abrirse hacia franjas sociales diferentes de las tradicionales en un proceso que cobró mayor intensidad en el mediodía del siglo, cuando se bosqueja el balneario de masas contemporáneo. (...) La llamada 'hotelería gremial' tuvo su origen durante las primeras presidencias peronistas, en sintonía con las consignas de 'turismo obrero' y 'turismo social', y acompañando los incipientes pasos en la reglamentación legal de las cuestiones del tiempo libre. (...) Con el acceso al poder del peronismo sobrevino la novedad de la puesta en marcha de un diseño recreacional bajo el lema del turismo social. Esta consigna, incorporada al programa reivindicativo del Justicialismo, publicitaba fomentar el conocimiento del extenso territorio del país, buscando ensanchar el horizonte particular de los ciudadanos, antes limitado a su pueblo o ciudad, e incentivar la idea de Nación asociada a un Estado intervencionista. El ocio popular figura entre las importantes iniciativas tendientes a promover un mejor aprovechamiento del tiempo libre de los trabajadores, empleados y estudiantes, mediante giras económicas, viajes populares, colonias de vacaciones, campamentos colectivos, como también la realización de viajes para maestros y empleados, hombres de ciencia, artistas, etc. Era la idea de una Argentina más vertebrada entre su diversidad regional, la que se ponía en marcha. (...) Una de las primeras decisiones que habilitó estos cambios fue la aprobación del decreto 1740 en el verano del 45, que extendía el derecho a las vacaciones remuneradas obligatorias al conjunto de los trabajadores y empleados argentinos en relación de dependencia". *(Elisa Pastoriza: "Estado, gremios y hoteles. Mar del Plata y el peronismo")*

Punto de Vista
Revista de cultura

Buenos Aires, número 89, diciembre de 2007

"El peronismo no fue cosa de intelectuales que, ciertamente, tuvieron escasísima intervención directa en cualquier proceso que haya contribuido a definir la identidad peronista antes de 1955. Acostumbrados como estamos al anacronismo de observar el peronismo desde nuestros días, la reinvención pasa desapercibida; pero si cambiamos la perspectiva, mirándolo desde sus orígenes y sus esencias como peronismo clásico, se trata de una mutación espectacular. Después de 1955, el peronismo se reinventó a sí mismo y, esta vez sí, tomaron parte intelectuales provenientes de una izquierda a la deriva en busca de sus objetos del deseo: la clase trabajadora y la nación antiimperialista. Se resignificaron componentes del peronismo clásico. (...) Como sea, si el peronismo pudo persistir, de generación en generación, no es solamente en virtud de la ley universal que nos dice que mantener una identidad es más fácil que crearla, y más fácil aún que extinguirla. Es, en particular, por otras dos cosas. Primero, porque el peronismo siempre tuvo extrema habilidad para avanzar en la tierra social arrasada por los desastres en los que él mismo hizo una contribución nada despreciable; y, segundo, porque si el peronismo se demostró hasta ahora de amianto en relación al efecto incendiario de sus propias gestiones, es porque sus relatos continuaron siendo los más verosímiles en el seno del pueblo, embebidos de la heterogénea cultura política argentina contemporánea. Por cierto, uno de los mejores ejemplos al respecto es la absorción que el peronismo fue capaz de hacer, una vez expulsado del poder en 1955, del revisionismo histórico, sobre todo si se toma en cuenta la buena salud de la que, traducido a los códigos mediáticos, disfruta todavía hoy. Es posible que tras las reformas presididas por Menem, y la crisis de 2001-2002, la Argentina peronista haya dejado de agonizar para morirse de una buena vez. Más seguro es que el peronismo ha sobrevivido -maltrecho, descompuesto y desarticulado, pero vivo- a la extinción de su Argentina. No sólo eso; de momento, y sin que nada sugiera que esto vaya a cambiar en plazos previsibles, los no peronistas la miramos de afuera: la suerte colectiva de la Argentina post-peronista sigue dependiendo de los aciertos y los desaciertos de los que los peronistas sean capaces". *(Vicente Palermo: "El siglo peronista")*

Desarrollo Económico
Instituto de Desarrollo Económico y Social

Buenos Aires, Número 188, enero-marzo de 2008

"El patronazgo político es una estrategia redistributiva que transfiere recursos públicos de modo progresivo hacia los votantes de menores ingresos. Estos votantes son, a su vez, más sensibles a dicha transferencia de recursos dado que tienen alternativas más limitadas en el sector privado que aquellos votantes con mayor calificación. (...) En la Argentina, esta estrategia permite al Peronismo utilizar el empleo público como un mecanismo redistributivo dirigido a los sectores de menores ingresos. Esta estrategia redistributiva también le permite incorporar un mayor número de empleados que aquellos que el Radicalismo puede incorporar en sus provincias, los cuales son comparativamente más caros. Mediante el patronazgo, estos actores políticos actúan estratégicamente y maximizan sus retornos electorales, reforzando las expectativas distributivas de sus electorados tradicionales. (...) Diferencias importantes en los beneficios que los distintos partidos derivan del patronazgo se deben a la existencia de sesgos institucionales y electorales en los mecanismos que distribuyen los recursos fiscales. Ambos efectos, la demanda de patronazgo y las diferencias en el acceso a los recursos por parte de los políticos, son críticos para entender los beneficios relativos que los partidos obtienen al invertir en empleo público. Al comenzar nuestro análisis, notamos que la literatura existente no ha medido los sesgos partidarios que regulan el acceso y distribución del empleo público, asumiendo una relación puramente instrumental e inmediata entre clientes y patrones. Nuestro análisis teórico y empírico sugiere que la redistribución hacia distintos electorados, con distintos niveles de calificación y expectativas en el mercado laboral, es crítica para entender los beneficios electorales que los distintos partidos políticos pueden derivar del empleo público. (...) La contratación de empleados públicos con distinta calificación e inserción en el mercado laboral resulta en diferentes niveles de redistribución y afecta a su vez el tamaño del sector público". *(Ernesto Calvo y María Victoria Murillo: "¿Quién reparte? Clientes partidarios en el mercado electoral argentino")*

Generación AR
Agrupación Peronistas sin fronteras

Rosario, Número 1, noviembre de 2007

"Hemos callado frente el avance de personas que sólo llegaron al peronismo con afán personal. No dijimos nada cuando cargos y candidaturas se repartían a familiares y amigos y se dejaba de lado a compañeros que tanto han militado nuestras banderas. Tampoco hicimos lo que debíamos cuando muchos de nuestros llamados dirigentes se enriquecían a costa de traicionar uno a uno los valores que hicieron grande y popular a nuestro movimiento. Es natural entonces que se haya vaciado de contenido a nuestro partido. Sostuvimos durante años conducciones que no fueron capaces de convocar a todos los sectores para actualizarnos y dar respuestas a las demandas que la sociedad reclamaba. Hemos dejado de lado la formación y capacitación de cuadros, eje fundamental del futuro de nuestro movimiento. En nuestra provincia, el vencedor de las últimas elecciones a gobernador ha sido un frente encabezado por el partido Socialista, que en los últimos años ha volcado toda su energía en mostrar a la sociedad una política de apertura a las problemáticas de los jóvenes. Mientras tanto nuestros dirigentes se encargaron de anular todo intento de renovación generacional, incluso comprando en muchos casos la voluntad de jóvenes compañeros a cambio de contratos o simplemente dinero. Resulta dolorosamente paradójico que Perón auguraba en su libro Conducción Política el fracaso del socialismo argentino por su incapacidad de dar lugar a sus propios jóvenes. A fuerza de silencio nuestro partido ha envejecido en sus formas, en su actitud. Es por esto que nuestra generación, los jóvenes, tenemos hoy la mayor responsabilidad en el futuro y destino del peronismo. Somos peronistas por un sentimiento de responsabilidad y deuda con la historia de nuestra nación, muchos de nosotros somos nietos de hombres que pudieron realizarse, ellos y sus familias, gracias a las oportunidades de desarrollo social que generó el peronismo. Somos nosotros los que debemos lograr que el peronismo encarne nuevamente los anhelos de la sociedad, los que garanticemos un futuro mejor para el pueblo rosarino, santafesino y argentino. (...) Tenemos que asegurarnos no caer más en silencios, no cometer los errores que ya se han cometido, tenemos que aprender también de muchos hombres y mujeres del peronismo que aún luchan fuerte por nuestra historia. Como jóvenes debemos ser amplios en nuestra convocatoria para lograr la riqueza de nuestra idea y garantizar así, y de una vez por todas, nuevamente generaciones y generaciones de argentinos nacidos en los frutos de la justicia social". *(Catriel Villegas: "Esto está mal")*

Nueva Sociedad
Transformaciones en el mundo sindical

Buenos Aires, Número 211, septiembre-octubre de 2007

"Parece evidente que asistimos a un cierto enlentecimiento del empuje neoliberal en materia de relaciones laborales y que existen algunos indicios de cambios. Algunos de estos cambios, que apuntan a la reformulación de una política laboral protectora, responden a la asunción de gobiernos progresistas. Pero eso no ha sido así en todos los casos (hay impulsos de reprotección laboral en países donde gobierna la derecha), ni fue igual la extensión e intensidad en todos los casos. (...) Es crucial, por lo tanto, el tipo de relación entre el movimiento sindical y el gobierno progresista en cuestión. El carácter de esa relación varía en el espacio y en el tiempo. Más allá de que en algunos países es más o menos orgáni¬ca y en otros no, es necesario analizar hasta dónde la capacidad de presión sindical sobre las medidas del 'gobierno amigo' se ven mediatizadas por la participación del propio sindicalismo en el gobierno. (...) También parece necesario tener en cuenta los cambios positivos que se han dado, incluso en países con gobiernos conservadores, por vías jurisprudenciales. Al fin y al cabo, una línea jurisprudencial firme puede ser tanto o más eficaz que una ley. Y, finalmente, es importante fortalecer la acción internacional, absolutamente insoslayable a causa de la globalización, pero no menos importante porque en ese terreno también se crean normas, se toman decisiones y se emiten fallos que están empezando a ser revalorizados y que pueden serlo aún más en el futuro". *(Oscar Ermida Uriarte: "La política laboral de los gobiernos progresistas")*

Entrepasados
Revista de Historia

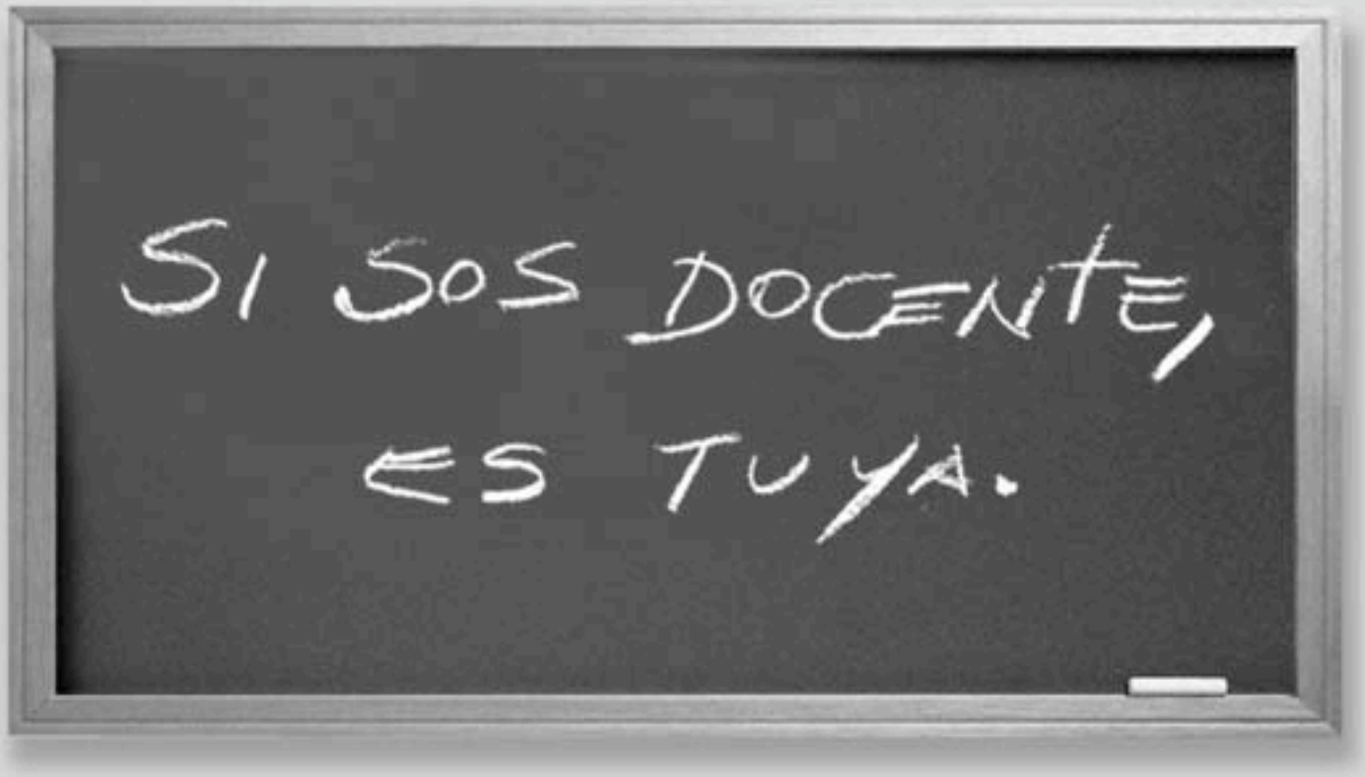
Buenos Aires, Año XVI, Número 32, fines de 2007

"El peronismo bonaerense inicial adquirió un definido perfil representativo. La estructura partidaria provincial se consolidó en términos de una serie de instrumentos que posibilitaron la activa participación popular en la vida interna de la agrupación, permitiendo la construcción de cuerpos dirigentes legítimos. La elite estatal, a su vez, directamente interrelacionada con los grupos dirigentes partidarios y parlamentarios, mostró un decidido empeño por modernizar y rearticular el aparato del Estado, al tiempo que preservaba relaciones institucionalmente reguladas entre los distintos niveles de autoridad política. Este particular experimento peronista no sobreviviría a una aguda crisis política que se desató impetuosamente durante 1951 -con remezones posteriores- y que ocasionaría el ocaso del gobernador Mercante y de buena parte de los líderes partidarios y gubernamentales. Otros grupos dirigentes peronistas, portadores de una tendencia más autoritaria y vertical, derrotaron al equipo dirigente 'mercantista', lo desplazaron de sus lugares duramente conquistados, y culminaron su victoria con expulsiones y persecuciones de insólito rencor. No es posible incursionar, en los límites de este artículo, en las razones políticas que subtendieron esa crisis. Pero, si a posteriori de ese conflicto la dirección política de la provincia asumió características más a tono con la ritual sabiduría sobre el peronismo, no es posible silenciar esos primeros años del peronismo provincial. Los ribetes democráticos y participativos de organización partidaria, las fluidas intercomunicaciones entre liderazgos partidarios, legislativos y estatales, determinaron la conformación de una corriente peronista bien distante del habitual autoritarismo que sería típico del peronismo. La interpretación, sin embargo, no puede permanecer estancada en esta comparación estática. Porque por más 'excepcional' que pudiera haber sido esa corriente inicial -encabezada por el gobernador Mercante-, ella era también, y primero que nada, peronismo. Las modalidades de intervención política de este equipo dirigente no podrían evaluarse en relación a un supuesto 'patrón' peronista previamente definido. En rigor, ellos también 'hicieron' al peronismo, especialmente en sus primeros y más dinámicos años, aun cuando su derrota posterior los condenara al olvido". *(Oscar H. Aelo: "El gobierno Mercante. Estado y partido en la provincia de Buenos Aires, 1946-1951")*

PostData
Revista de Reflexión y Análisis Político

Buenos Aires, Número 12, agosto de 2007

"En América Latina, la relación entre la fortaleza de los movimientos obreros y la democracia ha sido débil por lo general, y durante algunos períodos pudo haber sido negativa. En buena parte de la región, los movimientos obreros llegaron a su pico más alto en términos de tamaño, capacidad de movilización e influencia política en los años sesenta y setenta. Durante ese período la movilización obrera a menudo no dio lugar a democracias estables y con más frecuencia contribuyó a la polarización y el derrumbe de las democracias. En el contexto altamente polarizado de la Guerra Fría, el aumento de la movilización de la clase obrera y/o las victorias electorales de los partidos de base obrera a menudo fueron percibidos como amenazas vitales para los intereses de las élites económicas y del Estado. En muchos casos éstas condujeron o apoyaron golpes militares. El movimiento obrero organizado se debilitó en la mayor parte de América Latina durante los años ochenta y noventa. Debido a las crisis económicas de los años ochenta, a las reformas económicas neoliberales que les siguieron (incluyendo, en algunos casos, el desmantelamiento de las leyes laborales corporativas) y al rápido crecimiento del sector urbano informal, la mayoría de los movimientos obreros latinoamericanos fueron en los años noventa más pequeños y débiles de lo que habían sido en los años. En esos años, los noventa, América Latina experimentó una ola de democratización sin precedentes. Aunque los movimientos obreros desempeñaron un papel importante en algunas de estas transiciones, dada la declinación de estas organizaciones en la mayor parte de la región, es difícil argumentar que la fuerza del movimiento obrero fue una causa importante de la restauración de la democracia en Latinoamérica. Si cabe, la estabilidad democrática durante los años ochenta y noventa fue facilitada por la debilidad del movimiento obrero, puesto que la eliminación de cualquier 'amenaza' por parte de la clase trabajadora con certeza reforzó el compromiso de la derecha con las reglas del juego democrático. Como argumenta Kenneth Roberts, la sorprendente durabilidad de las democracias latinoamericanas contemporáneas puede, en parte, ser 'un artefacto que disminuye la capacidad de los sectores populares para desafiar los intereses de la élite'". *(Steven Levitsky y Scott Mainwaring: "Movimiento obrero organizado y democracia en América Latina")*



Tarjeta Docente

La tarjeta de crédito para todos los docentes de la Provincia de Buenos Aires.

+ Beneficios

En cines, teatros y museos.
Descuentos en libros, cd y dvd.

+ Financiación

Cuotas sin interés para adquirir tu pc.(*)

+ Para todos

OFFICENET
El Ateneo
Yenny
CINEMARK
Hoyts
LA COMEDIA TEATRO
MUSIMUNDO
Tematika.com
veintitres
Eudeba
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

La PC Para Conectarnos (*) BANGHO (*) BGH e-nova (*) EXO (*) hp (*) olivetti (*) NEW TREE COMPUTERS (*) lenovo (*)

Consultá todas las promociones vigentes en www.bancoprovincia.com.ar

Dirección General de Cultura y Educación — Buenos Aires LA PROVINCIA

Banco Provincia — Si es de la provincia, es tuyo.

(*) PROGRAMA LA PC PARA CONECTARNOS: Tasa Nominal Anual Vencida 0%. El Costo Financiero Total Efectivo Anual: 1,87% que incluye arancel de originación del 1,5% y seguro de vida, al momento del otorgamiento del préstamo. Préstamos sujetos a las condiciones de aprobación del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Para más información consulte en su sucursal o llámenos al 0810-22-22776. Banco de la Provincia de Buenos Aires, CUIT 33-99924210-9, San Martín 108, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

37

SUMARIO

EDITORIAL

Gobernabilidad y democracia. *Por Mariano Fontela*

OPINIÓN

Política o Destino. *Por Enrique Del Percio*

RESEÑAS

La Argentina fascista. *Por Cristian Buchrucker*

Perón y el peronismo en el sistema-mundo del siglo XXI. *Por Antonio Cafiero*

Mi encuentro con Perón. *Por María Alicia Timpanaro*

El país de las antinomias. *Por Alberto Roig*

La cuenta regresiva. *Por Paula Origone*

CICLO DE PENSADORES CONTEMPORÁNEOS

María Zambrano. *Por Graciela Maturo*

Illya Prigogine. *Por Jorge Etcharrán*

REVISTA DE REVISTAS

Nuevo Topo

Pensamiento de los Confines

Miriada

Estudios Sociales

Punto de Vista

Desarrollo Económico

Generación AR

Nueva Sociedad

Entrepasados

PostData